

LA SEÑORITA MALCRIADA.

Comedia Moral, en tres Actos. P-54-12

POR DON TOMAS DE IRIARTE.

PERSONAS.

D. Pepita (Señorita.)

D. Gonzalo (su padre) hombre mayor; pero alegre, distraído, y abandonado.

D. Ambrosia (amiga, vecina y compañera de D. Pepita: viuda joven.)

D. Clara (hermana de D. Gonzalo): Señora de carácter serio.

D. Eugenio (Caballero de apreciables circunstancias: amigo de D. Gonzalo).

La Escena es en una casa de campo muy cercana á Madrid.

La accion empieza por la mañana temprano, y concluye ántes de medio-día.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una parte de jardín, con vista de una casa que tiene salida á él por el frente, y á los lados varias calles de árboles.

ESCENA I. *Al levantarse el telon aparecen en el foro algunas parejas de majos y majas baylando seguidillas, que cantará otro de la quadrilla, con la guitarra. Entretanto el tío Pedro va colocáudo en fila á un lado algunas sillas que le van trayendo; y de quando en quando mira con ceño á los baylarines. Bartolo en el lado opuesto riega el suelo, mirando á ratos el bayle con ojos de alegría. Antes de acabarse la primera seguidilla, el tío Pedro hace parar la guitarra; y dice á Bartolo con enfado.*

Ped. Qué sirve regar ahí, si ellos por acá levantan mas polvareda que un hato de carneros? Camaráas, á los majos. con la música á otra parte.

Majo 1. A bien que la tierra es ancha.

Maja 1. Si faltará donde armar balye, habiendo buenas ganas?

Majo 2. A elantre. Calla Curra: aquí no hay que echar bravatas; que estamos en casa ajena.

Maja 1. Pues ya: cáa gallo canta

D. Basilio (marido de D. Clara.)

El Marq. de Fontecalda (viajante charlat.)

D. Carlos (sobrino de D. Ambrosia.)

El tío Pedro (mayordomo de la casa de campo de D. Gonzalo: hombre rústico; pero de buena razon.)

Bartolo (hortelano de la misma casa: payo malicioso.)

Majos, y majas.

En su mulaar, abur. (tan?)

Maja 2. Qué hombres éstos! Y lo aguanque nos lo venga á icir en la calle de la Palma. *al de la guit.*

Majo 1. Estamos del otro lao.

Copete! toca la marcha.

Armas al hombro. á la quadrilla.

A mas ver. al tío Pedro.

Los majos toman las capas y sombreros que están en el suelo, y se van todos gritando al son de la guitarra: Jí, jí, jí, jí.

ESCENA II. *El tío Pedro y Bartolo.*

Ped. Qué algarazá! con mucha flemma.

Oyes Bartolo? Bart. Bien oigo.

Ped. Llegate acá. *Bart.* Vaya en gracia.

Ped. Dí. *Bart.* Diré. *Ped.* Soi, ó no soi

mayordomo de esta casa?

Bart. De la casa, del jardín,

de la huerta, de la quadra,

del gallinero, y de too

lo que cogen estas tapias.

Ped. Ya sabes quien soi. *Bart.* Usted?

Ped. Sí, yo: mirame á la cara.

Bart. Es usté Pedro Fernandez.

Ped. Pues Pedro Fernandez manda con

que sin su licencia no entren (enojo.

aquí majas, ni guitarras.

Bart. Y bastará la licencia con sorna.

de la Señorita? *Ped.* Basta.

Bart. Pues con su licencia entraron

A

las

NA 1089829

NEA 1613900

- Las guitarras, y las majas.
Ped. Truxeron orden? *Bart.* Truxeron.
Ped. Ah! Siendo así, vaya. *Bart.* Vaya.
Ped. Pues á cuidar de la huerta.
Bart. Por hoi ya está bien cuidáa.
Ped. En oliendo que hai juncion,
 holgueta. *Bart.* Ya eso es de tabla.
 Y tengo puesta la ropa
 del dia de fiesta: guarda!
 Hoi que el amo Don Gonzalo
 vendrá con tantas maamas
 y tantos señores... Toma!
 Poquita será la zambra!
 Una olla están puniendo
 que es mayor que una tenaja.
 Pues aunque hubiera una boda.
Ped. Hombre, puée ser que la hayga.
Bart. Calle, calle! es hoi tio Pedro?
Ped. No igo que hoi ni mañana;
 pero como la Pepita
 burla-burlando ya pasa
 de los veinte y... *Bart.* Sí: la fruta
 pesa ya un poco en la rama.
 Patron: digo (acá enter-nos) *baxand.la*
 no es verdá usted que nuestra ama..(voz
Ped. Sí... *Bart.* La Señorita... *Ped.* Estoi.
Bart. Parece... *Ped.* Qué? *B.* Una muchacha.
Ped. Ya. *Bart.* Un si es no es... *Ped.* Bien.
Bart. No igamos
 loca; pero.... alborotáa. (tona
Ped. Alegre? *Bart.* Pues. *Ped.* Corren-
 Ella? *Bart.* Cabal. *Ped.* Asi en chanzat
Bart. Y de veras. *Ped.* Algun rato?
Bart. No: siempre. *Ped.* Bartolo, calla:
 vamos con tiento; que al fin
 son amos; y por mas claras
 que se estén viendo las cosas,
 siempre es güeno... *Bart.* Echar la capa:
 Ya lo entiendo. *Ped.* Las verdáes,
 como ixo el otro, amargan;
 y aunque le de gana á un hombre
 de escupirlas, nó: tragarlás.
Bart. Pero la culpa es de aquella
 Doña Ambrosia. Ya, ya es maula,
 con achaque de amistá
 gobierna toa la casa;
 al padre, á la Señorita,
 á los criaos... Lo paga
 too por su mesma mano;
- y ya vé usted que quien anda
 con la miel... *Ped.* Quiées callar?
Bart. Ea! pues no he icho náa.
Ped. No ices náa; y parece
 que te caes, y te agarras.
Bart. El que hoi vendrá tambien es
 aquel Marqués faramalla
 que ha corrido tantas tierras...
 Válgame Dios! lo que parla!
 La pronuncia es de Español;
 pero qué se yo como habla
 que la metá no le entiendo...
 Lengua como chapurráa...
Ped. Términos que allá deprenden
 por Francia, ó por Alimaña.
Bart. Y diz que á la Señorita
 la tiene medio embobáa;
 y que si consiente el padre...
Ped. Dale bola! *Bart.* Yo, en sustancia,
 lo que oigo es que la quiere.
 Y qué? *Ped.* Pues su alma en su palma.
Bart. Seguro. *Ped.* A tí qué te importa?
Bart. Náa: y á usted? *Ped.* Ménos. *B.* Pata.
 Ello es que habrá mucha gente.
Ped. Pero de dónde lo sacas?
Bart. Ya le igo á usted: la olla
 es aquello que se llama
 una olla; y por lo mesmo
 echaba la cuenta larga.
Ped. Yo la echo corta. Mía tú
 qué pronto que está ajustáa.
 El amo, y la hija... *Bart.* Dos.
Ped. La viuda... *Bart.* Tres, (no hará falta.)
Ped. El Marqués, y Don Ugenio...
Bart. Ya van cinco. *Ped.* Doña Clara,
 seis... *Bart.* Quien? La hermana del amo.
Ped. La propia. (Aquella es mui guapa!)
 su marido Don Basilio...
 Son siete... y aqui se acaba.
Bart. Con que Doña Clara? hai cosa!
 No ician que esa hermana
 y ese cuñao del amo
 ha tantos tiempos que estaban
 reñios con él? *Ped.* Reñios;
 y cáa uno en su casa
 sin verse ni oirse. *Bart.* Y vienes
 hoi en amor y compañía?
Ped. Ya hangüelto á las amistáes;
 y vienen á celebrarlas

De Don Tomas de Iriarte.

aquí. *Bart.* Por eso es la fiesta.
Con que ello es...? *Ped.* Lo que sonsa-
hombre! Tan pregunton eras, (cas
tan curioso, que le arrancas
á un hombre poquito á poco
quanto tiene en las entrañas...
Y al cabo murmuracion.

Bart. Platicar de lo que pasa.
Pues aquí qué mormuramos?

Ped. Mucho, y en pocas palabras.
Que la viuda Doña Ambrosia
es la que too lo manda;
que la Pepita es alegre
de cascos y algo atronáa;
que el Marqués es un tunante,
y que anda tras de pescarla...

Bart. Pero tambien ya usté vé
que del amo que nos paga,
(aunque él tiene allá sus cosas,
porque es mui de bulla, y anda
divertio como un mozo)
no hemos dicho... *Ped.* Eso faltaba.

Bart. Tampoco del Don Basilio,
mario de Doña Clara.
De ella, ni de Don Ugenio
hemos dicho cosa mala.

Ped. Qué has de icir, si ellos dos
son güenos, y ella una santa
señora? ... Así fueran toas!

*Suena adentro la guitarra, los majos co-
mo que atraviesan por detras de la casa.*

Bart. Pues digo: los de la danza!
dende temprano la toman.

Ped. Ya verás como se cansan
antes que encomience el bayle
las piernas y las gargantas.

Ola! pues ya está aqui el amo.

ESCENA III. *D. Gonzalo de Cazador.*

*El tio Pedro y Bartolo, que van á reci-
bir á su amo.*

Ped. Oh, señor! tan de mañana,
y á pie? *Gonz.* De Madrid aqui
es tan corta la distancia,
que he venido paseando.

*Entrega la escopeta al tio Pedro, y á
Bartolo dos ó tres paxarillos.*

Toma: mira qué gran caza!

Bart. Ni aun paxaros hay ogaño.

Gonz. sentandose y limpiandose el sudor.

Parece que está la casa
divertida, y me reciben
con música: esto me agrada.

Ped. Al fin, nuestro amo, usté tiene
un genio, una buena pasta
que se divierte con too.

Gonz. El mismo soi, á Dios gracias,
hoi, que el que era á los veinte años.
Hai envidiosos que rabian
de verme siempre de fiesta;
pero de aqui no me sacan:
buen humor, y buena vida.
No, sino que me tomara
cuidados y pesadumbres,
teniendo renta sobrada
para reirme de todos.

Bart. Pardiez que sí! *Ped.* Buena gana!

Gonz. A fé que ya no soi niño;
(si no, digalo la calva;)
y sin embargo, en Madrid
todos esos tarambanas
pisaverdes, que parecen
contentos como una pasqua,
no se divierten ni el diezmo
de lo que yo. *Ped.* Pues bien hayga
su alma de usté! *Gonz.* Todo el año
vivo como un Patriarca.

Que haya guerra, que haya paz,
buena cosecha, ó escasa;
que uno diga que las cosas
van bien, y otro rematadas;
que se escriban papelotes,
que se tiren de las barbas;
yo, adelante: divertirme:
y lo demás patarata.

Donde hai gente, allí estoi yo
clavado como una estaca.

Voi lo mismo á una comedia
que á ver á una encorozada.

Viene algun Predicador
famoso: no se me escapa.
Que hai opera nueva: á verla;
una boda; á presenciarla;
un gigante, un avechicho,
un monstruo á tanto la entrada,
volatines, nacimientos,
sombros Chinas, y otras farsas:
el primerito. En el Prado
mi silla por temporada:

si hai concurso en el Café,
a li fixo como el alba;
y finalmente en la Puerta
del Sol, mi esquina arrendada.
Las tertulias?... Así, así, señalando con
Fiestas de campo?... como agua (los ded.
academias?... mas que hubiera!
comilitonas?... no es nada!
nunca deshago partido.

Que hai juego: tomo las cartas;
que van á baylar: minué,
seguí lillus, contradanza;
y á poco que me lo rueguen
bailo tambien la guaracha.
Así vivo, así me huelgo;
y todos á una voz claman:
Si no hai otro Don Gonzalo!
Qué humor tiene! Es una alhaja.

Ped. Mui bien va todo eso: pero...
El cuidáo de la casa...
El gobierno... *Gonz.* Cabalmente
eso es lo que no me causa
inquietud: mi casa está
grandemente gobernada.
Mire, tío Pedro: soi viudo...

Ped. Por esta semana santa
se cumplieron... cuántos años?
Diez... de la muerte de mi ama.
Dios la haya dao su gloria:
y ha hecho bastante falta.

Gonz. Vamos al caso: estoi viudo:
mi caudal, puesto á ganancias
con toda seguridad.
Mando que en mi casa no haya
miserias ni economías...

Bart. El que lo tiene lo gusta.

Gonz. Que Pepita se divierta
quanto la diere la gana;
que bayle, que represente,
que juegue, que entre, y que salga;
que aprenda trato de mundo
en una tertulia diaria;
y se porte como todas
las que en Madrid hacen raya.

Ped. Y qué tal? La Señorita
se va dando buena maña
á aprender eso? *Gonz.* Es un pasmo:
todas las gentes la alaban;
todo el pueblo la conoce;

y por conseguir entrada
en mi casa, hai mil empeños.

Ped. Y eso, habiendo puerta franca:
qué fuera si sus mercées
la tuvieran atrancaa?
Pero, señor, yo icia...
(Perdone usté...) Con mi mala
desplicacion, yo acá dentro
me entiendo las cosas. *Gonz.* Vaya:
explíquese como quiera.

Ped. Digo que si yo me hallara
con una chica sin madre,
y en la edá que acá se llama
el tiempo de la vendimia,
quando me desapartara
de su lao ni un minuto...
(Y mas con lo adelantaa
que esté hoi diá la malicia...)

Bart. Y en Madril? (digo) donde andan
tántos de los pitinétres
Osías á la que salta!

Ped. Porque (mire usté) en mi Pueblo
habia una moza hidalga,
que toos gustaban de ella,
porque era como una plata,
(hija de viudo tambien;))
y solo porque se andaba
suelta, sin padre, ni haide,
toicos la requebraban;
pero casarse, nenguno.

Y hoy está llena de canas,
triste, y sin mas compañía
que la rueca. Y cómo rabia
quando la llaman doncella!

Bart. Ya la conozco: la beata;
la que va siempre á encender
la lámpara de Santa Ana.

Ped. Ni sirve paa otra cosa,

Gonz. Diréis dos mil patochadas.
Mirad: no estais en los puntos
de crianza cortesana.
En las aldeas las mozas
recogidas y aplicadas,
las que mas baxan los ojos,
son las que mas bien se casan.
Acá va por otra regla:
en no habiendo buena labia,
desparrajo, garabato,
compostura un poco extraña:

no bailando unas boleras,
no cantando una tirana
con su *ai!* y no frecuentando
las concurrencias de fama
para darsé á conocer,
perdidás; no pasa una alma.

Ped. Yá. Lo que es el no entendello!

Bart. En cáa tierra su usanza.

Gonz. Y después quién os ha dicho
que yo permito que salga
sola mi chica? No voi
cargado con la arracada
de la hija á todas partes,
que eso fuera extravagancia
ridícula; y ser yo esclavo;
pero siempre la acompaña
mi señora Doña Ambrosia,
que aunque moza, es una dama
de juicio y talento, viuda,
y de muchas circunstancias.

Para mí es grande alivio.

Ped. Y paa ella sera ganga.

Gonz. Por qué? *Ped.* Porque tiene mesa,
y diversiones baratas,
y coche paa mecersé
Too el dia. Nos contaba
el cochero la otra tarde
que las mulas no descansan
ni paa tomar el pienso.

Gonz. Quién da credito á canallas?

Bart. Si mormuran sin conciencia... *tiran-*
Y hai hombres que no reparan (*do de la*
que al fin los amos son amos; (*mang. al*
y las verdades... se tragan. (*tio Pedro.*

Ped. Creo que la Doña Ambrosia
no está mui acomodaa
desque la faltó el marido.
El era hombre de importancia?

Gonz. Sí: fué un rico negociante;
pero tuvo la desgracia
de que un trapalón malvado
le engañó con artimañas,
y le empeñó en un proyecto
que se volvió sal y agua.
Le estáfó gran cantidad;
y huyendo fuera de España,
le dexó casi arruinado,
el buen hombre, que tomaba
las cosas á pechos, tuvo

de verse en tal lance tanta
pesadumbre, que murió
aquella misma semana.

Ped. Vaya usté viendo! Y esotro
que se escapó, dónde pára?

Gonz. Un tal Don Carlos, sobrino
del difunto, es el que hoi anda
en busca del gran bribon
allá por Flandes y Francia
y al cabo, segun avisa,
como hai pocas esperanzas
de dar con él, debe ya
volver mui pronto. Heredaba
parte del caudal del tio,
y quedaba destinada
otra parte á Doña Ambrosia;
pero se perdieron ambas.

Quatro años habra que vino
á vivir junto á mi casa

la viuda, mui pocos dias
después que riño mi hermana
conmigo. La visité

como á una vecina honrada:

cobró cariño á mi hija;

y la chica se lo paga:

se tutéan, y tan solo

para dormir se separan.

Ellas contentas, y yo

en una paz Octaviana.

Allá gobiernan las cosas

domésticas necesarias,

pago, sin exâminar

mecánicas que me matan;

y Dios me ha venido á ver.

Me cuidán; nada me falta;

y en mi casa envian todos

la tristeza enhoramala.

No es una fortuna? *Ped.* Ya.

Pero, señor, mi matanza

es si, endilgando las cosas

del moo que usté relata,

encuentra la Señorita

un novio como Dios manda.

Gonz. Qué pregunta! *Ped.* No lo igo

sino porque malegrara

que tuviera una fortuna

como uga Reina de España.

En lo emás no me quiero

meter onde no me llaman.

Gonz. Novios hallará de sobra.

Ped. Pues lo celebro en el alma;
y mas, si es aquel señor
Don Ugenio, que quando habla,
se conoce de contao
que es leido, y tiene traza
de ser caballero en forma
y hombre de bien, porque él trata
con güen aquel á los probes,
y es garboso... *Gonz.* Callad: pára
algun coche? *Bart.* Pues que sí.

Gonz. Eh! mudios; que ya basta *levan-*
de conversacion. Tened (*tandose.*)
las cosas bien arregladas
para el almuerzo. Quién viene?

Adelantandose ácia la puerta de la casa á recibir á los que llegan.

Ped. D. Ugenio, y D. Clara. *mirando*

Bart. El otro será el marido. (*ácia el foro.*)

Ped. El marido es. Vamos: *marcha. enoja.*

Bart. Yo, por oir cosas que uno
no sabe, de güena gana
me queara aquí á un laito.

Ped. Mira... Si agarro una tranca...

Bart. Pues yo no me he de quear
sin ver too lo que pasa.

El tio Pedro se vá, llevándose á Bartolo, que vuelve la cara á mirar á los que acaban de llegar. D. Gonzalo viene con D. Clara, D. Basilio, D. Eugenio, que salen de campo.

ESCENA IV. *D. Basilio, D. Gonzalo, D. Clara, con quitasol en la mano, D. Eugenio.*

Gonz. Bien venidos, caballeros.
Mucho madrugas, hermana.

Eug. En todo es esta señora
mui puntual. *Clar.* Las ocho dadas.

Mirando su reloj.

Bas. A esta hora nos citaron.

Clar. Pues no serán tan exáctas *dexando*
D. Ambrosia y mi sobrina. (*el quitasol*)

Gonz. No: todavía no tardan. (*sobre una*)

Clar. Si no las han acabado (*silla.*)
ciertos vestidos de majas
que vienen hoi á lucir
aquí, no estarán de gracia;
y dexarán la funcion,
si falta esta circunstancia.

Eug. La plausible de este día
que tanto gozo nos causa,
señor Don Gonzalo, amigo,
es la de ver sepultada
la discordia que, entre hermanos,
ya demasiado duraba.

Yo, yo he sido el medianero
de la renovada alianza
que felizmente nos une
hoi en esta amena estancia;
y no solo participo
de alegría tan colmada,
sino que, ufano, blasono
de que acerté á procurarla.

Bas. No sabes, hermano mio,
quan repetidas instancias
ha costado á Don Eugenio
el reducir á tu hermana
á que, habiéndose extrañado
quatro años ha de tu casa
por motivos que no ignoras,
haya vuelto á frecuentarla.
Estos se llaman oficios
de buen amigo. *Gonz.* Y yo estaba
mui pronto á reconciliarme
siempre; porque (en dos palabras)
el autor del rompimiento
no he sido yo, sino Clara.

Clar. Es cierto, hermano: yo he sido
la autora; mas tú, la causa.

Atiendeme. Nuestros genios
siempre han estado en batalla.
Tu, descuidado, indolente,
distrahido, haciendo gala
de vida alegre y ociosa,
que á tu edad ya no se adapta,
ó no conoces, ú olvidas
las estrechas, las sagradas
obligaciones de padre.

Bien lo prueba la enseñanza
que te merece una hija,
cu quien alabas por gracias
lo que se llama descoco
entre la gente sensata.

Así eres tú. Yo, aunque dicen
peco de Española rancia,
por el pundonor gradúo
el mérito de las damas
por el juicio, discrecion,

cortesania y constancia.
 Reconvine á mi sobrina
 con la mayor eficacia;
 pero mis exhortaciones,
 lejos de ser apreciadas,
 me conciliaron un odio
 que tú no desaprobabas.
 Llegué á pasar por la tia
 Mas impertinente y rara.
 Te lo expuse: no hubo enmienda:
 clamé: nada aprovechaba.
 Insultaronme por fin;
 faltóme la tolerancia;
 y no pudiendo evitar
 la franqueza immoderada
 que en tu casa permitias,
 resolví no autorizarla;
 me retiré; y he logrado
 no tener parte en la fama
 que va cobrando Pepita.
 (Oxalá no fuera tanta!)

Gonz. Pues tener fama es mui bueno.

Clar. Quando la fama no es mala.

Gonz. Con que pretendéis reforma?

Eug. Y debemos esperarla
 del exemplo y los prudentes
 consejos de Doña Clara,
 que olvidando desde ayer
 las disensiones pasadas,
 vuelve á ver á su sobrina,
 á ser su amiga y su guarda.
 Bien reconoce que en ella
 no son nativas las faltas;
 que todas son adquiridas,
 y ya casi involuntarias;
 y que caprichos, errores,
 vivezas, extravagancias
 por hábito se contraen,
 no por indole viciada.
 Su hija de usted, Don Gonzalo,
 tiene unas potencias claras,
 un corazon mui benigno;
 y con estas dos ventajas
 corregirá lo demas
 quien tenga paciencia y maña.
 Yo me aplico á tal empresa;
 y si pudiese lograrla,
 pienso que la Señorita
 desde luego asegurára

su dicha, y la del esposo
 que descara con ansia,
 mas que amar y ser amado,
 poder estimar lo que ama.
 No tengo dominio alguno
 en su hija de usted: mis armas
 no son la reconvenccion,
 el precepto la amenaza;
 sí la advertencia oportuna
 y la persuasion mas blanda.
 Debemos ser indulgentes
 con las flaquezas humanas;
 compadecer y guiar
 al que sigue senda errada.

Gonz. Obra de misericordia.

Pero usted porqué se afana?

Eug. Por su bien... y por el mio.

Gonz. Expliquémonos en plata,
 y sin rodéos: á usted
 le hace fuerza la muchacha;
 pero antes de pretenderla
 quisiera verla enmendada
 de esas faltillas, que solo
 mi hermana y usted reparan.
 No es esto? *Clar.* Como hombre cuerdo,
 hace bien en repararlas.
 Y no me dirás, Gonzalo,
 qué mejor suerte preparas
 á mi sobrina? Ya tienes
 experiencias reiteradas
 de la amistad, de las prendas
 de D. Eugenio. *Gonz.* Negarlas
 fuera injusticia; y le debo
 finezas extraordinarias.
 Mira: yo soy un perdido,
 que en dos dias malgastara
 mi caudal: le tengo en manos
 del señor, puesto á ganancias;
 y parte liberalmente
 conmigo quantas ventajas
 le produce en Cataluña
 la fábrica celebrada
 de que es dueño. Cobro limpia
 mi renta de polvo y paja
 y tengo mi capital
 asegurado. Esta gracia
 merece que en quanto penda
 de mi arbitrio le complazca.
Clar. Y si aspira á ser tu yerno?

Gonz.

Gonz. Desde ahora le doi amplia licencia y mi bendición. Pero resta ver si agrada esta elección á la chica; porque eso de violentarla yo la voluntad, es cuento. Ella dice que la cansan las serias moralidades con que el amigo declama, y que, en vez de oír requiebros, no oye mas que repasatas. Luego, como la pretende el Marqués de Fontecalda: y ella se afirma en que es ésta la boda que mas la quadra, yo qué he de hacer? *Clar.* Esa boda...

Gonz. Que tiene? *Clar.* Es disparatada.

Gonz. Pero el Marqués es un mozo...

Clar. A quien no conoces. *Gonz.* Bastá para çonocerle ver como se porta, como habla, su buen modo, su instruccion...

Clar. La tiene en todo y en nada.

Gonz. Ha corrido Cortes... *Clar.* Muchas; pero sin provecho. *Gonz.* Hermana!

Bas. Los que viajan deseando ser útiles á su patria, observan mas y hablan menos que el Marqués; pero gran charla, no profundizar las cosas, decidir con arrogancia, y hacer un cruel estrago en la lengua Castellana, es todo el fruto que logran esos que tan solo viajan para decir que han viajado; y que en muy pocas semanas, corriendo la posta adquierien los principios que les faltan.

Gonz. Yo, se que es noble el Marqués, se que nació por extrañas casualidades en Cádiz, y se ha criado en España; mas su familia, sus rentas y titulo son de Italia.

Bas. Te ha mostrado documentos?

Gonz. Algunos; y otros se aguardan antes de efectuar la boda.

Bas. Luego la tienes tratada?

Gonz. Y tan de veras, que ya he soltado mi palabra.

Clar. Inconsideradamente.

Gonz. Sea; pero está empeñada: y sobre todo, la chica lo quiere: allá se las haya.

Clar. La conformidad alabo.

Gonz. Doña Ambrosia me la alaba tambien; aprueba esta boda; y sabrá sacar la cara por el Marqués contra todos.

Clar. Y por ella quien la saca?

Gonz. Yo, que defendiendo su genio, su hidalguia, su crianza, su entendimiento y buen trato. Aunque por una desgracia ya no es rica, y su marido fue comerciante... *Eug.* O qué falsa opinion! Pues por ventura haber estado casada

con un negociante honrado es desdoro? *Clar.* No se trata de linages. La conducta es la que humilla, ó exálda.

Doña Ambrosia ha sido siempre superficial y voluntaria.

Gonz. Ya: de toda muger viva, alegre y de rompe y rasga se dice lo propio. En fin, callemos: no tiene gracia. Que, viniendo á divertirnós, nos trabemos de palabras. Eh! no hai que tratar aquí de negocios: allá en casa.

Hoi fiesta y bulla: y si nó, oigan ustedes la que anda.

Suenan adentro guitarras, y voceria. La cuadrilla de majos, formada en coro, trae en medio de él á D. Pepita, vestida de maja; tambien D. Ambrosia, la qual viene fuera del corro.

ESCENA V. *D. Pepita, D. Ambrosia, D. Gonzalo, D. Clara, D. Eugenio, D. Basilio, el tio Pedro, Bartolo, los majos, y majas, brincando, y tirando los sombreros al aire, con grande algazara.*
Unos Que viva la Señorita!
Otros Qué viva la flor de España!
D. Ambrosia saluda á los concurrentes!

y casa la música.

Bart. Diga usted tambien conmigo, tío Pedro, que viva el ama!

Ped. Tú dexalos que alboroten. Por qué te metes en danza?

Pep. Chicos! Prosiga la broma.

De qué sirve esa guitarra?

Clar. Pero saluda á las gentes; ten mas modo. *Pep.* Qué substancia!

Clar. Has perdido el juicio? *Pep.* Pues: me lo habré dexado en casa.

Lo dice usted porque vengo alegre? Pues el que traiga

mal humor, que se lo cure como le diere mas rabia.

Es esto función de campo

ó alguna duelo? A qué nos llaman?

A estarnos siete personas mirándonos á las caras?

Tasadamente sería

una fiesta mui salada,

si no hubiera yo pensado

en traer para animarla

esta quadrilla, que toda

es de la cáscara amarga.

Toma! Y esperaba yo

que me dieran muchas gracias

de que les traigo al famoso

Repulgo, á la Amotinada,

y á Curra, que bailarán

en la punta de una lanza.

Con esto nos divertimos

en forma; y no con fantasmas

espetados. Canta aquellas *al de la*

seguidillas que me agradan (*guitarra.*

tanto: las del seis y siete.

Vamos allá. Y tú arbolaria, á una de

te vienes sin el panderó? (*las Majas.*

Tia mía, me alegrara

que usted la oyera: executa....

Con un gusto y una gracia....

Clar. Es delicado instrumento, y de mucha expresion. *Pep.* Basta

que á mi me guste. Cabal.

Toca, si quieres. Aguarda;

sacaré mis castañuelas. *las saca y se*

Gonz. Qué alegre! qué vivaracha! (*las pone.*

hija de padre por fin.

Amb. Pero si en Madrid no se halla

Señorita mas jovial,

mas complaciente, mas llana...

Clar. En efecto: de llanezas

no suele ser mui escasa.

Pep. Qué! Sermoncito tenemos?

Temprano. Pues ya no hai nada

de lo dicho. *Gonz.* No te enfades

hija. *Pep.* Pronto se despacha

esta comision. Afuera,

Quítase las castañuelas y las arroja.

á fuera galas profanas.

Se acabó el baile. *Amb.* Pepita!

Pep. Dame unas tixereras. *Amb.* Vaya:

para qué? *Pep.* Damelas. *Amb.* Toma. *da-*

Pep. Ea! Venga esa guitarra. (*selas Amb.*

El Majo se la entrega.

Amb. Qué quieres hacer? *Pep.* Justicia.

Amb. Con quien? *Pep.* Con esta mal-

para que no venga aquí (vada,

á alborotarnos la casa.

Corta las cuerdas; y vuelve la guitarra al Majo.

Clar. Qué prontitudes tan necias!

Pep. Si quiero. *Clar.* Quiero es palabra

de Rei. *Pep.* Pues si no, diré

que me ha dado la regana.

Es palabra de Rei ésta?

Clar. Esa es de gente ordinaria.

Pep. Lo sabré para otra vez.

Tío Pedro? *Ped.* Aquí estoi, nuestra

Pep. Usted como Mayordomo... (ama.

Ped. Aunque endino, lo soi. *Pep.* Haga

que den muy bien de almorzar

á toda esa gente honrada.

Adentro, amigos, adentro;

á remojar la palabra;

y luego, ya que á vosotros,

y á mí tambien, nos desairan,

un pié tras otro á Madrid.

Amb. Pero. *Pep.* No hay pero que val-

Allá me portaré yo (ga.

con todos. Hasta mañana.

Ped. Yéndose con los majos.

Ecurrámonos de aquí;

que el tiempo está de borrasca.

Bart. presentando á Pepita las castañuelas que ha recogido.

Señora las castañuelas...

Si usted las quiere. *Pep.* Arrojarlas

al pozo. *Bart.* Vengan acá guardándose-

á la postre algo se saca (*selas en la*

de la pendencia. *Pep.* Señores, (*saliriq.*
la pelotera esta armada,
y toda la diversion
se ha vuelto agua de cerrajas:
con que así. *Bartolo!* *Gonz.* Ustedes
sufocan á la Muchacha.

Pep. Dí que no quiten el coche. á *Ambrosia.*
podemos tomar la ruta,
amiga; que aquí las dos
ya estamos de sobra: á casa.
Y ustedes se quedarán
á hacer vida solitaria.

Gonz. Deténgala usted, vecina. á *Ambrosia.*
Amb. Niña, espera. *Clar.* Nó: dexarla.
El fin es que esté contenta.

Pep. Ya. Quiere usted que me vaya?
Pues me quedo. *Gonz.* Ea: tratemos
de aprovechar la mañana.
Vamos á dar una vuelta
por aquí, mientras nos llaman
al desayuno. Ven, hija.

Pep. Yo? Luego iré. á *Bartolo.*
Que me traigan
el bastidor de bordar.

Bart. No es un armatoste? *Pep.* Marcha.
Bart. Como aquello en que se pone
la ropa para enxugarla?

Pep. Sí: el bastidor; bruto, bestia....

Bart. El que ha venido á la zaga
del coche?... *Pep.* Mira, bribon,
no te harte de bofetadas.

Bart. Voi allá. (Qué malas pulgas!) *vas.*

Clar. Bien pensado! En Madrid pasas
mano sobre mano meses
enteros; y hoi que se trata
de gozar del campo, venga
la labor. Moza aplicada!

Pep. Estoy bordando un chaleco;
y le he de acabar sin falta
mañana mismo. *Clar.* Adelante.

Vamos, Señores. Trabaja. á *Pep.*
Gonz. Se queda usted, Doña *Ambrosia?*
Amb. Es preciso acompañarla.

*Vanse por la izquierda Don Gonzalo,
Doña Clara, Don Eugenio, y Don Basilio.
Vuelve Bartolo con el bastidor
armado.* (*ca Bartolo silla alta.*)

Bart. Aquí lo traigo. *Pep.* Una silla. *acer-*

Bart. Aquí la pongo. *Pep.* Una baxa,
alarbe. *Bart.* Aquí está. Qué mas?

Acerca una silla baxa.

Pep. Que te mudes. *Sentándose.*

Bart. Pues mudanza. *vase.*

ESCENA VI. *D. Pepita bordando; y
D. Ambrosia.*

Amb. Quién como el Marques merece
que esas manos delicadas
se empléen?... *Pep.* No le hará daño.
Amb. Cómo no? Pues tú pensabas
regalarle ese chaleco.

Pep. Es verdad. *Amb.* No te idolatra?
No es ya tu Novio, aprobado
por Don Gonzalo? No le amas?

Pep. Ya estoi de otro parecer
murió el Marques: y en sus barbas
he de hacer esta fineza
á Don Eugenio. *Amb.* Inconstancia!
Injusticia! A Don Eugenio,
que te pone tantas tachas,
que con sus exhortaciones
ridiculas te empalaga?

Pep. Cierto; pero el Marquesillo
me tiene mui enfadada.

Amb. Porque ofreció acompañarnos
hoi...? *Pep.* Y nos dexó plantadas.

Amb. No habrá podido tal vez....

Pep. Pues que pueda, pese á su alma.

Amb. Quexitas? Yo haré las paces.

Pep. Bien; como yo no las haga....

Amb. El te desenojará.

Pep. Que si quieres! *Amb.* Calla, calla,
ya le tenemos aqui.

Qué presencia tan gallarda!

Mirale. *Pep.* Mui buen provecho.

Amb. Cuidado como le tratas.

ESCENA VII. *D. Pepita, D. Ambrosia, y
el Marques mui petimetre, sin espada.*

Marq. Ah! que vengo penetrado
de un dolor cruel! Madamas!

He faltado al *randé-vú.*

Como es corréo de Italia
hoi precisamente, quise
dexar escritas mis cartas....

Y bien, amable Pepita?

Qué! Recibirme indignada!

No merezco un golpe de ojo
lisonjero? una palabra
consolante? Me delato,

soi un criminal. *Pep.* Machaca!

Marq. Tenga usted la complacencia

de hacerme por pura gracia
el honor de querer darse
la pena de oír la causa
de tal inexãctitud.

Este aire brusco me alarma.

Sí: mi delito es enorme,
atroz; me cubre de infamia;
pero yo haré mis excusas,
ó esta casa de campaña
será para mi el teatro
de una escena sanguinaria.

Ah! Ya la conjuro á usted...

Pep. Estoi acaso endiablada?

Amb. Vamos, Pepa... Marquesito,
esta será alguna chanza.

Marq. Pero á bien que justamente
traigo aquí con que aplacarla:
un sacrificio que ha días
juré ofrecer á sus aras
como el mas tierno homenaje... *saca*
Una lista detallada (un monton de
de las jóvenes bellezas (papeles.
que han sido objeto de varias
intrigas galantes mias
en Lóndres, París, La-Haya,
y otras Cortes. Estos son
(sin que parezca jactancia)
billetes que me han escrito
en lengua Inglesa, Italiana,
Francesa, et cétera: algunos
retratos que conservaba
de mis favorecedoras,
y otras pequeñas alhajas,
que, quando no conocia
á la beldad que hoi me encanta,
eran para mí de un precio....

Pero ya solo ella manda.

Todo se lo sacrificio:

y además... *Amb.* Niña, levanta
la cabeza. No agradeces
semejante expresion? Habla.

Marq. A lo ménos, yo obtendria
mi perdon, como escuchara
Pepita esta produccion
en verso, que á su alabanza
he escrito ayer. No imagino
que su labor la distraiga
tanto, que dude acordarme
la bondad de oír. En Francia
las que ponen mas en boga

unos versos, son las Damas:
llenas de conocimientos,
todas son allá ilustradas.

Yo leo. *Amb.* Pues atendamos.

Marq. Esta es la primera octava.

Lee. „Tu ascendiente feliz, que me electri-
„pone en juego del alma los resortes; (za,
„y si el nupcial concierto se organiza,
„él hará remarcables mis trasportes;
„mi pasion con la tuya simpatiza,
„batiendo el corazon pianos y fortes;
„y de esta vibracion interesante
„tú eres muelle real, y yo el volante.

Amb. No oyes qué graciosos versos?

Doña Pep. Con mucha prontitud.

ai, Doña Ambrosia de mi alma!
de lo que me acuerdo ahora!

Amb. Dí: por qué te sobresaltas?

Pep. Ah! mi perrito *Jazmin!*

Se nos ha quedado en casa.

Lo primero que encargué....

La tonta de mi criada!

Voi á enviar por él. *gritando.* Bartolo.

En voz baxa. La despediré. Qué rabia!

Gritando. Tio Pedro! Nadie responde.

Mejor será que yo vaya.

Ah! mi pobre *Jazminito!*

Qué hará solo allá sin su ama?

Vase precipitada por la puerta del frente.

Amb. Marques mío, vamos; que estos
caprichos pronto se pasan.

En todo caso, recojo

los billetes, y esa octava,
que á su tiempo harán efecto.

El asunto de importancia
que tenemos entre manos
es executar la traza

que usted ha inventado, á fin
de que Don Eugenio caiga
hoi de la gracia del padre.

Se ha fingido ya la carta

consabida? *Mar.* Aqui la traigo. *Sacan-*
Amb. Pero no viene cerrada. (do una

Marq. Abierta, y sin sobrescrito. (carta.

Amb. De ese modo se solapa
mejor el engaño. Ahora
pensemos como dexarla
caer en la faltriguera
de Don Eugenio *Marq.* Con maña
el golpe de mano es fácil.

Se acerca usted, verbi gracia,
quando él esté distraído;
y muy pronto en la casaca....

Amb. Venga la carta; que yo
así á la disimulada....

Marq. No se apercebirá de ello.

Amb. Y si acaso lo repara,
diré que iba á darle un chasco.
Estoi viendo ya que el gana
á Don Gonzalo, y aun temo
que tal vez á la muchacha,
como no andemos mui listos.
Le protege Doña Clara,
que está mui mal con usted
y conmigo. Alguna trama
discurriremos tambien
para que hermano y hermana
vuelvan á descomponerse;
por que si esta remilgada
no salta luego de aquí,
dos bodas nos desbarata:
ni usted logrará á Pepita,
ni yo seré su madrastra.

Marq. A propósito, señora!
lleva usted mui avanzada
su pretension con el Padre?
El hace ver repugnancia
al matrimonio. Y qué importa?
Redoble usted sus instancias?
No es joven; pero el carácter
es dulce; no pára en casa;
en fin, será un buen marido.
Y luego son tan escasas
las bodas ricas. *Amb.* En eso
estoi: la ocasión es calva;
y ya sobre la materia
le he dado alguna puntada.
Pero aun mas le estrecharé
hoi. *Marq.* Sí con toda eficacia,
mi adorable protectora;
y mientras usted ataca
al padre, yo con la hija....

Amb. Chito! que ya está en campaña
Don Eugenio. Aquí entra el golpe.

Marq. Pues, amiga, alerta! al arma!
Este plan, este complot
es nervio de nuestra alianza.

ESCENA VIII. *El Marques, D. Eugenio, D. Ambrosia, leyendo los versos.*

Eug. Señor Marques, bien venido.

Marq. Servitor. *Amb.* Y la compañía?
Usted separarse de ella!

Pero ya: lo que alla falta
es lo que usted busca aquí.

Eug. No, señora: esto buscaba.

Toma el quitasol que dexó D. Clara sobre una silla, y hace ademán de irse.

Amb. Ese quitasol? *Eug.* Le pide
mi Señora Doña Clara.

Amb. Don Eugenio: tan de prisa?

Quiero, ántes que usted se vaya,
que lea y juzgue estos versos. *se los*
Son de un nuevo autor, que calla (*entre-*
su nombre. Con libertad: (*ga.*

diga usted: esa elegancia
no es mui comun. *Eug.* Antes pienso

Despues de haber leído.

que en nuestros tiempos no es rara.

Como esto se escribe tanto!

Triste lengua Castellana!

Qué transportes remarcables!

Y qué resortes del alma!....

Marq. Ha! miserables Puristas. *riéndose.*

Y han de ser los que no viajan
conocedores en lenguas?

Qué absurdidad! *Eug.* Las extrañas
aprenden viajando algunos
razonablemente, y gracias;
pero despues á viciar
la suya nadie les gana.

Marq. Ni tampoco á enriquecerla.

Eug. Segun: porque hai abundancia
que es superfluidad y vicio.

D. Ambrosia introduce al descuido la
carta en el bolsillo de la casaca de D.

Eugenio, mientras éste disputa con el
Marques.

Marq. Como! Sin salir de España
se atreven á razonar!

Eug. Es mui poco lo que gana
en viajar el que no lleva
la instruccion anticipada;
y enseña el ver muchos libros,
mas que el ver muchas posadas.

Marq. Y sostendrán que no es éste
el taller de la ignorancia!

Eug. Aborrezco las disputas,
y mas, siendo de esta casta.

Volviendo el papel á Doña Ambrosia.
usted me dé su licencia;

que en semejantes demandas
del que mas habla es el triunfo,
y la razon, del que calla.

Marq. Aquí el sentido comun
y el gusto van á la diabla.
Despues de darse los aires
de mi rival así ultraja
á personas de mi rasgo!
ya nos veremos. *Amb.* Cachaza,
Marqués: sosieguese usted;
y al negocio. La artimaña
salió mui bien. Quando él vea
lo que contiene la carta,
y Don Gonzalo reciba
la otra que aquí le traigan,
confirmando el mismo aviso
de que están de mala data
en Cataluña las cosas
de la fábrica, ya se arma
una buena tremolina.
No le arriendo la ganancia
al Don Eugenio. Si, entrando
los dos en desconfianza,
reñiran. *Marq.* Lo creo bien.
Nada mejor. *Amb.* Y quedaba
por nuestro el campo, en logrando
desquiciar á Doña Clara.

Marq. Ah! no existe una muger
mas secatora: montada
á la antigua, misantropa;
y sin una idéa exacta
del buen tono y del gran mundo.
Es mui probable que nazca
de sus funestos consejos
la mutación tan extraña
que encuentro en la Señorita.
Porque al fin (dexando aparte
procuraré de calmarla;
que me agrada la elegancia
de su figura) es partido
excelente; me entusiasma:
y aunque veo que en el fondo
ella está mal educada,
el dote no es bagatela;
cuento sobre él; y tomadas
tengo todas mis medidas
para llevarmela á Italia.

Allí se vive, señora. *Amb.* Ya viene.

SCENA IX. *D.* Ambrosia, el Marqués,

D. Pepita que sale por la puerta del

frente; y despues el tio Pedro.

Amb. ¡Qué cabizvaxa!

¡qué suspensa! Y Jazminito?

Pep. sentandose. He mandado ya
que parta Bartolo á Madrid por él.

Amb. Estarás tranquilizada
con eso; y harás mas caso
del Marqués. *Marq.* Usted pensaba
en un pequeño animal
mas que en su amante. Trocara
mi situacion por la suya.

Amb. Perdonale ya su falta.

Pep. Vaya: á trueque de no oír *Risue-*
lástimas... por perdonada. *ñu*

Marq. Qué delicia! Estas bondades
sobrepasan mi esperanza.

Permita usted que á esos pies *arrodi-*
yo me prosterne, me abata, *llase.*
me confunda. Ah! qué sonrisa
tan insinuante! *Ped.* Naranjas!

Saliendo de repente, y quedandose
suspenseo al ver al Marqués.

¡Con qué devocion está!

La Señorita y el Marqués, sin aten-
der al recado que dá el tio Pedro, con-
tinúan hablando en secreto.

Pet. Señora. *Amb.* De qué se trata?

Ped. Un recáo. *Amb.* No es ahora
tiempo. *Ped.* Es que el perrito. *Amb.* Na-

Ped. Parece ser, segun dice *da.*
el lacayo. *Amb.* Qué matraca!

Ped. Oíga su mercé. *Amb.* Dexarlo.

Ped. Que es escusao que vaya
Bartolo por él. *Pep.* Qué ha dicho?

Amb. Tontunas. Tio Pedro, basta,

Ped. Pues volviendo á lo del chucho,
diz que hoi á la madrugada.

Amb. Dale! *Ped.* Dexaron la puerta
abierta, y se jué de casa.

Pep. Ai, querido mio! *Marq.* Amable
Belleza! *Pep.* Prenda de mi alma!

Qué hermosos ojos! *Marq.* Favor
que no merezco. *Pep.* Qué cara!

Marq. Ella y todo es de Pepita.

Pep. Tan vivo, con tanta gracia!

Marq. Ah! Me sonrojo. *Pep.* Y qué fino!

Marq. Fino sí soi. *Pep.* Y unas lanas
como la seda, una cola
tan larga, tan enroscada!...

Marq. Como! Quién? *Jazmin?* Ah! sí.

Yo pensé que usted hablaba conmigo. *Pep.* Con el demonio (*Levan-* hablaré: voto á la trampa!) (*tandose* le haré poner en el Diario (*irritada.* dos veces cada semana.

Amb. Aquietarse; que tu tia vuelve ácia aquí; acompañada de toda la gente seria.

Pep. Pero, amiga, aquella mancha rubia que tenia en medio del lomo. *Amb.* Pepita, calla.

SCENA XI. *Los mismos, y D. Clara, con quitasol, D. Gonzalo, D. Eugenio, y D. Basilio.*

Gonz. Llegó usted por fin, Marqués. *El Marqués hace, sin hablar, dos ó tres cortesías afectadas.*

Gonz. Vamos adentro, á la sala; que el almuerzo está esperando.

Peñ. Y se enfriarán las magras. *vase.*

Gonz. Pepa, vén. *Pep.* Estoy ahora de mal humor. Si probara bocadito, se me volviera veneno. *Gonz.* Pero, muchacha.

Pep. Ustedes se han paseado? Pues ahora me da gana de pasearme tambien.

Clar. Para llevar la contraria.

Pep. Y para estar sin fiscales; que quando tengo mis rabias, me las paso yo solita, (muy buen provecho me haga.) Sin incomodar á nadie con respingos, ni alharacas.

Y sobre todo (me explico?) á quien ponga mala cara, otra peor; que quien debe y paga, no debe nada. *vase.*

Clar. Lo ves, Gonzalo? *Gonz.* Y á mí qué me dices? Vaya hermana, Marqués, Doña Ambrosia, entremos.

Marq. Ah, Señor! Que yo privara á usted jamas del derecho de dar el brazo á esta Dama! adelante: alon. *Marq.* No viene

D. Ambrosia se va por la puerta del frente con D. Gonzalo, dándole este el brazo.

mi Señora Doña Clara?

Clar. Entre usted, que ya seguimos

Marq. encogiendose de hombros, y haciendo una reverencia.

San fason. Esta antigualla de la etiqueta es inútil. *vase.*

Clar. Y si lo es, para qué usarla?

Don Eugenio, mi sobrina confirma su extravagancia cada vez mas. *Eug.* Con todo eso no me parece tan ardua la empresa de corregirla.

Clar. Su afecto de usted le engaña.

El tiempo dirá: veremos quan poco fruto se saca.

Yo estimo á usted por su juicio, por su honradez consumada; y estoy previendo el sensible desaire que le amenaza.

Bas. Lidiamos, amigo mio, con una gente muy rara. Novio, un Marqués, que en dos meses logra aqui tal confianza,

sin mas motivo que haber baylado dos contradanzas con la Chica no sé donde, y ofrecerle ella la casa.

Protectora, una vecina imprudente, casquivana, que fomenta los caprichos de esta Niña mal criada.

Testigo de todo, un padre que nunca se inquieta, vayan como vayan los negocios.

Por una parte declara que la Pepita será de usted, como la persuada; por otra, que ella prefiere al Marqués; que violentarla la voluntad no es posible; y que él dió ya su palabra.

Luego ha dicho que las cosas estan tan adelantadas, que ya Doña Ambrosia cuida de la eleccion de las galas para la boda: y lo bueno es que el tal Marqués se encarga del aderezo, diciendo que le hace venir de Francia, y le introduce por alto.

Yo me temo alguna maula; porque mi hermano soltó

para comprar esta alhaja diez mil pesos; y aunque dice el Marqués que está girada la letra á París, quién sabe si tal vez.... Con verlo basta.

Clar. Y para venir á ser testigo de una desgracia ha querido usted sacarme de mi retiro? No estaba mejor léjos de un hermano incapaz de remediarla? Le exhortaré nuevamente para que se apuren quantas diligencias penden ya de mi influxo. Saldrán vanas; pero á lo menos me empeño en quedar acreditada con usted de buena amiga, y con él de buena hermana.

Bas. Yo ayudaré por mi parte. Mas ya adentro nos aguardan. Vamos. *Eug.* No me desalientan las disposiciones dadas por Don Gonzalo. Me estima; y puede aun revocarlas.

Clar. Y el Marqués? *Eug.* Le falta seso; y podrá perder la gracia de hija y padre. *Bas.* Y Doña Ambrosia?

Eug. Por lo mismo que ya manda demasiado, es muy posible que llegue á no mandar nada.

Clar. Pues qué falta para el logro de tan buenas esperanzas?

Eug. Que tenga yo tal industria, tan persuasivas palabras, que muestre á la Señorita los vicios de su crianza, y la pruebe que llevando siempre la razon por pauta, quien los detesta de veras, de veras los desarraiga.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I. *D. Gonzalo, el Marqués, y D. Ambrosia.*

Gonz. Tambien es fuerte rigor, no han de permitir siquiera que, quando vienen al campo quatro amigos, se diviertan? Sobre que me han puesto ya de mal humor... Y es empresa

que pocos han conseguido.

Marq. No conocen las maneras de la buena sociedad; no saben vivir. Si vieras qué deliciosas partidas de campaña, qué soberbias *Vilechaturas* se forman en Italia, en Inglaterra! Es otro método aquel. Animada una asamblea con los nobles sentimientos que la inspira una docena de botellas de Champaña.

Gonz. No: por acá bien alegra el de Xerez. Pero, amigo, todo se vuelve hoy reyertas aquí. Vea usted mi hermana qué sería está! Mas valiera no habernos reconciliado, ni pensar en tener fiesta. Desazona desde luego á la Chica. Entonces ella, como sufre pocas chanzas, toma el portante, y se queda sin almorzar. Esos majos bailarines, que pudieran alegrar esto, se marchan. Don Eugenio con sentencias nos muele; y usted ahora traba con el en la mesa cuestiones sobre los viages, sobre el idioma; se alteran los ánimos; y así damos con la diversion en tierra. Soi amante de la paz; y por huir de pependencias, allá los dexo, y me iré por ahí con mi escopeta.

Ambr. Siempre toma Don Eugenio por pretexto esas materias para oponerse al Marqués; pero, amigo otra es la guerra que él quisiera hacerle. *Gonz.* Ya: resentido de que Pepa no se inclina... *Ambr.* Ese es el pique. mas qué pretension tan necia! querer que ame una muger por reflexion! A bien que ella no es tonta: elige á su gusto; y no es regular que atienda

al filósofo que exhorta
mas que el galan que la obsequia.

Marq. Usted no es padre tirano.

Gonz. Y ella ajustará sus cuentas;
que á mí

SCENA II. *Los dichos, y el tio Pedro
con una carta en la mano.*

Gonz. Qué es eso? *Ped.* Una carta.

Gonz. Hombre! ni aun aquí me dexan
respirar? Cierito que estamos
hoy para correspondencias.

Ped. mientras *D. Gonzalo abre y lee la
la truxo un hombre de capa, carta.*
y no ha esperao respuesta.

Diz que vinia de parte

de uno que no se me acuerda
el nombre. *Gonz.* No tiene marca
del correo en la cubierta.

Amb. Será de Madrid. *Gonz.* No tal.

Marq. La habrán enviado de fuera
inclusa en otra, encargando
la comision de su entrega.

Gonz. Así será.... Pero aquí
se me dan noticias. *Amb.* Buenas?

Gonz. Diabólicas. Oíga usted.

Lée „Mui señor mio : Aunque no
„tengo el honor de conocer á usted sino
„de reputacion, la probidad me exhorta
„á comunicarle un aviso importante. El
„corréo último hice saber á Don Eugenio
„de Lara que los que le administran la
„fábrica ó manufactura que ha estableci-
„do en esta Villa; le han malversado
„una suma enorme; y que viendose
„ya en un descubierto que no puede tar-
„dar en hacerse público, están prepa-
„rando secretamente su fuga fuera de
„España, y dexarán arruinado al pro-
„prietario. Vengo de saber que es usted
„uno de los principales interesados en
„los fondos de la fábrica en questão; y
„sensible á una tan desagradable catás-
„trofe de que está amenazado, le doy
„reservadamente la misma noticia para
„su gobierno: bien entendido que éste
„es un secreto que nadie sino yo ha pe-
„netrado hasta ahora.“ Firma *D. Vic-
tor de Sierra.*

A Dios! voló mi dinero.

Amb. Que á un hombre de bien suceda

qualquier contratiempo, vaya;
pero usar tanta reserva
con usted!... De Don Eugenio
digo que no lo creyera.

Marq. Con que éstos que aun no se juzgan
susceptibles de pequeñas
faltas, y secan al mundo
con su gran moral.... *Gonz.* La pegan
lo mismo que todos. *Marq.* Yo
le presentara la queixa
la mas amarga. *Gonz.* Sí; amarga,
agria, y con sal y pimienta.

Amb. Sobre mi dinero voces.

Gonz. Ahí es una friolera!

Oh! nos verémos las caras.

Amb. Por eso he notado señas
de tristeza en Don Eugenio.

Marq. Quien duda que su conciencia
le habrá estado reprochando
esta falta de franqueza
con un amigo? *Amb.* Usted saque

con la mayor diligencia

de poder del señor mio

todo su caudal. Las pruebas

que da usted de generoso

son loables; pero llegan

las cosas á cierto punto....

Gonz. Ya tomaré providencia.

Tio Pedro está Don Eugenio

adentro? *Ped.* Cacia la huerta

le he visto con la señora

Doña Clara. *Amb.* Mui estrecha

se va haciendo esa amistad.

Marq. Tambien tienen sus flaquezas

los filósofos: prodigan

sublimes rasgos; condenan

todo capricho amoroso;

declaman: pero se dexan

seducir del bello sexò.

Amb. Conviene que usted se vea
con Don Eugenio quanto ántes.

Marques, el señor se queda.

Vamos á nuestra partida

de tresillo. *Ped.* Ya está puesta

la mesa. *Amb.* En donde? *Ped.* En la sala.

Marq. Debaxo de la glorieta

estariamos mejor

situados. *Amb.* Llevar la mesa

allá tio Pedro y baraxas.

Vase el tio Pedro; y sale D. Basilio.

ESCENA III. D. Gonzalo , D. Ambrosia , el Marques , y Don Basilio.

Gonz. A Dios , hermana.

A Ambrosia. Y quién terciá?

Amb. Pepita : eso ya se sabe.

Gonz. Donde andará la tal Pepa?

Bas. Tanto disgusto parece la causa nuestra presencia, que por huir de nosotros, (segun Bartolo nos cuenta) se ha ido en una borrica á corretear por las eras, escoltada de los mozos de labor. Gonz. Es traviésa como ella sola. Amb. Pues bien: dexarla que se divierta.

Si volviere por aquí, decirla que allá la espera el Marques. Hasta la vista.

Marq. Andiamo.

Vase con D. Ambrosia por la izquierda. El tio Pedro y Bartolo salen por la puerta del frente, llevando una mesa de juego. Bartolo vuelve la cara como para escuchar , y se va deteniendo.

Ped. Acá por la izquierda.

Menéate. Bart. Poco á poco.

Ped. Vas volviendo la cabeza, y despacito , por si oyes lo que los amos conversan. (tiendo.

Bart. Quien yo? Ped. Sí; tú: ya te en- Anda, hombre. Bart. Si en esta pier- me ha dao como un calambre. (na No arrempuje uste. Ped. Arréa.

Vase por la izquierda.

Bas. Hermano , escucha un momento.

Gonz. Estoy de priesa. Bas. Quisiera consultar algunas dudas

contigo. Gonz. Bien : como sean

brevечitas. Bas. Solo haré quatro preguntas ligeras.

Gonz. Pues á la quinta no aguardo.

Despachemos. Bas. La primera.

Por qué te dexas mandar de esta viuda tan á ciegas?

Gonz. Porque es mis pies y mis manos; porque mi casa sin ella se perdería ; porque es ella quien me la gobierna, y pudiera gobernar

una Monarquía entera;

porque no es aya, ni amiga, ni compañera de Pepa; sino una segunda madre....

Bas. Y excelente consejera.

Gonz. Como que tiene talento.

Bas. Lo dirán las conseqüencias.

Y por qué te pagas tanto del Marques? Gonz. Porque sus pre- han agradado á la chica; (das y en estando ella contenta, lo estoy yo. Van dos preguntas.

Tercera. Bas. Y cómo se empeña Doña Ambrosia en proteger á un forastero que apenas conocemos? Gonz. Es que ciertos sujetos tienen estrella

con las damas. Bas. Y por qué?

Gonz. Por qué? Quieres que lo sepan los hombres : si muchas veces tampoco lo saben ellas?

Bas. Y es posible que , debiendo tu hija por su nobleza, gallarda persona , y dote, emplearse bien , consentas que un capricho. Gonz. Qué capri- El de querer ser Marquesa? (cho? Pues muchas lo tomarían

á dos manos. Bas. Considera que tiene muchos resabios, y no procuras su emienda.

Gonz. Porque no hallo que emendas; y por que quiero que sea franca, alegre , sacudida, no sosa, ni zalamera, y que al lucero del alba responda , quando se ofrezca, una claridad. Estamos?

Bas. Ya ; pero no me hace fuerza.

Gonz. Tienes mas que preguntar?

Bas. Nada : y segun tus respuestas, aun de lo que he preguntado te aseguro que me pesa.

Gonz. Pues á Dios. Bas. Hermano , allá lo verás. Vase por la derecha.

Gonz. Enhorabuena.

El tio Pedro y Bartolo llegan de vuelta al tiempo de concluirse esta conversac.

ESCENA IV. D. Basilio , el tio Pedro y Ped. Ya te lo igo: algun chasco (Bartolo.

puée ser que te suceda
por esa maldita maña.

Bas. Vaya por qué es la pendencia?

Ped. Porque este Bartolo too
lo parla, y too lo acecha:
curioso, y mormuraor.

Bart. Curioso. Si no lo juera,
no sabria algunas cosas
que otros quisieran saberlas.

Bas. Qué cosas? *Bart.* Con estos ojos
que han de comer la tierra.

Ví yo.... *Bas.* Qué viste? *Bart.* Y oí
con estas mismas orejas....

Bas. Qué oiste? *Bart.* Pero mas vale
callar, porque no haya gresca.

Bas. No la habrá: dí. *Bart.* Estaba yo
compuniendo unas macetas
allí etras: y el Marques
(mi señor) en gran conversa
con Doña Ambrosia.... Y dirán
que uno tiene mala lengua;
pero las cosas de que ellos
platicaban no eran güenas.
Y despues aquella acion
que les ví hacer.... Ah! Vergüenza
me diera á mí, aunque soi probe....
Ea: dexémoslo. *Bas.* Espera.

Bart. Voi á coger unas pocas
de lechugas, y unas brevas
para meo-dia. Luego
le daré á su mercé cuenta
de toico; que estas cosas
no es menester que las sepa
naide, sino quatro, ú cinco,
ú seis personas de aquellas
de satisfacion. *vase. Ped.* Por poco
no añade hasta dos docenas.
Señor, usted no haga caso.

Bas. Tal vez será una simpleza,
ó tal vez, cosa que importe.
Lo seguro es que usted vea
como puede sonsacarle,
y traerme la respuesta.

Ped. No habrá menester tenazas;
y de aquí una hora, ú media,
trairé yo la razon de eso,
y mucho mas que él supiera.
Poquito le gusta al mozo
meterse en vias ajenas!

Voi tras él.

vase.

ESCENA V. *D. Clara, D. Eugenio, y
D. Pepita, que salen por la izquierda,
y D. Basilio.*

Bas. Ah! Sobrinita
mia, bien venida seas.

Pep. Vamos, tio: usted tambien
entrará en la conferencia;
y de una vez para siempre
trataremos la materia
con toda formalidad.

Despacito, y buena letra.
Sentemonos. *Siéntanse los quatro.*

Bas. El asunto parece que va de veras.

Pep. Tendremos aquí los quatro
una junta; y en presencia
de mis tios, que me están
tratando de calavera,
se explicará Don Eugenio:
sabremos todos qué piensa
de mí: sabrá lo que pienso
yo de él: se dará sentencia,
á ver si, quedando en una
cosa fixa, dentro ú fuera,
consigo que ni él ni ustedes
me rompan mas la cabeza.

Clar. Me gusta esa claridad.
Ahora sí que das pruebas
de tener juicio. *Eug.* Empecemos
á exáminar con prudencia
tan importante negocio.
Yo, Señorita.... *Pep.* Mi arenga
es ántes que la de usted.

Bas. Sí que hable primero. *Pep.* Atiendan.
Este caballero ha dias
que con solemnes protestas
afirma gustar de mí;
pero no sé como entienda
esta aficion. Unas veces
se muestra fino; pondera
mi tal qual mérito; y pasa
á mi lado horas enteras,
acreditando que está
contento; y que se interesa
en mi bien. Mas otras veces
se disgusta; vitupera
mis palabras, mis acciones
y en tono de que aconseja,
me va poniendo unas tachas
fatalísimas: me aleja
exemplitos; y en hallando

ocasion , no hai indirecta
que no me suelte al descuido,
y siempre en cabeza ajena.
Pues que nota en mí defectos
(que yo no sé quales sean)
ó no me quiere , y me engaña,
ó solo me quiere á medias;
y en uno y en otro caso
me resiento de la ofensa.
Si tengo las nulidades
que supone , nada cuesta
decírmelas cara á cara
sin rodeos ni zulemas;
pues, aun quando las demuestre,
le probaré que con esas
doscientas imperfecciones,
y dos mil mas que tuviera,
como él me quisiera en forma,
me diera una preferencia
absoluta , sin pararse
en tales delicadezas.
Si son escrúpulos suyos
otras hallará que tengan
mas gracia para curarlos,
ó mas dosis de paciencia
para sufrir á un galan
que tan suavemente mezcla
entre caricia y caricia
un párrafo de fraterna.
He dicho, Ustedes verán
si es bien fundada mi queja;
hable Don Eugenio ahora,
y salga por donde pueda.

Eug. Ese mismo proceder
mío , con que usted contempla
la agravio , es un testimonio
de inclinacion verdadera.
Puede una dama juiciosa
figurar que merezca
su favor quien no procura
su felicidad completa?
Señorita , dos especies
hai de pasion: una ciega
que aspira al objeto amado
sin exâmen , sin cautela:
la satisfaccion presente
la incita con tal violencia
que solo anhela una dicha,
y en su duracion no piensa.
Otra pasion hai prudente,

reflexiva. *Pep.* La primera,
si la tiene usted , tal qual
la segunda , recogerla.
Quien ama es el corazon,
amigo , no la cabeza.

Clar. Pero él debe siempre hacer
la eleccion á gusto de ella.

Bas. Si no , el placer luego pasa,
y el desabrimiento queda.

Pep. Por qué me habré yo metido
en conversacion tan seria?

Eug. La que desea adquirir
estimacion duradera,
no confia en atractivos
de juventud y belleza,
que no suelen ser la finca
mas segura. *Pep.* Pues si feas
y tullidas las quiere
usted , famosa cosecha
hai de unas y otras. *Eug.* Señora
lo que digo es que las prendas
del ánimo , las virtudes,
y el entendimiento engendran
cariño mas racional
y de mayor permanencia.

Pep. Que antigualla! Ya el amor
se escoge como una teli:
no se repara en que dure
poco , si la vista es buena.

Eug. Piensa usted como mui joven.

Pep. Oiga! Pues á los cincuenta
pensaré del mismo modo.

Clar. Otras no llegan á treinta;
quando ya las desengaña
alguna triste experiencia.

Pep. Como? *Eug.* Yo lo explicaré.
Durante la primavera
de la edad logran ustedes
aplausos en las concurrencias
atenciones , rendimientos:
qualquier dicho es agudeza,
qualquier ademan es gracia;
todo se admira y celebra;
y en el corro de aspirantes
que embelesados los cercan,
el que menos encarece
su pasion la llama eterna.
Entonces casi no hai una
que , para ser feliz crea
necesitar otras dotes

que las de naturaleza.

La flor de la juventud
es rosa al fin; no es perpetua;
y apenas se ha marchitado,
quando toda ligera
bandada de mariposas,
que giraba en torno de ella,
desaparece, volando
á buscar flores mas frescas.

Pep. Ai, ai! Pobre Don Eugenio!

Se nos ha vuelto poeta
del siglo pasado. Vaya!
Sabremos de qué comedia
se sacó esa relacion?

Siga usted, que está discreta.

Eug. Me pregunta usted de donde
la saqué? De una tragedia
que en el teatro del mundo
sin cesar se representa,
y que siempre finaliza
con la escena mas funesta.

Pep. Quando? *Eug.* Quando una beldad
que tuvo séquito, llega
á verse desamparada.

Y qué recursos la quedan
entonces? Adoradores?

Ya ninguno se la acerca.

Amigos fieles? Y cómo
los ganó? Quáles conserva?

Supo acaso cultivar
su ingenio, adquirir ideas
capaces de fomentar
la conversacion amena?

Arraigó en su corazon
las virtudes que alimentan
el trato social y afable?

Aprendió la diferencia
que hai de la franqueza libre
á la ingenuidad modesta?

Pep. Y supongamos que en nada
de eso ha pensado. *Eug.* Pues sepa
que vivirá sin amigos;
que será víctima cierta
de una infeliz soledad
de la inaccion y tristeza.

Pep. Que se divierta, si quiere,
en hilar ó hacer calceta.
Bravo cuidado! Y por qué
me da esa gran reprimenda
usted, que no es nada mio,

ni me manda, ni me zela?

Eug. Porque en este mundo todos
somos de todos. Quisiera
que usted cobrase aversion
al tiránico sistema
de los que, segun estilo
Musulman, no consideran
á las mugeres nacidas
sino para esclavas necias
del hombre, y las privan casi
del uso de las potencias.
Emplee usted bien las suyas,
verá cuánto la deleitan
ciertos estudios. *Pep.* Y luego
que me llamen bachillera.

Eug. Solo pensarán así
los que ignoran que hai tareas
no menos propias de un sexó
que de otro. Quién no se prenda
de una dama que reúne
á la natural viveza

el util conocimiento
de la historia, de la recta
moral, de geografía,
y de las mas cultas lenguas
(como disfrute los buenos
libros escritos en ellas.)

La aficion á poesía,
dibuxo, música... *Pep.* Aprieta!
botánica, anatomía,
química, y toda la xerga
de Médicos y Abogados,
y despues la biblioteca
del Escorial enterita

medida en esta cabeza. *Levántase*
Dígole á usted que no quiero; (*atropete.*
y que en su vida se atreva (*lladamente.*
á dar lecciones, ni piense
que ha de ganar la prebenda
por oposicion, luciendo
la sabiduría. *Levántanse todos.*

Clar. Pepa, moderate. *Bas.* Y eras tú
la que sobre está materia
ibas á hablar formalmente?

Clar. Falta que oigas la sentencia
que esperabas. Don Eugenio
se estima, y quiere tu emienda.
Dale oidos, y serás
feliz. Atiende á finezas
interesadas y falsas

de ese Marqués, y á indiscretas lisonjas de Doña Ambrosia; y pagarás tu imprudencia. No te digo mas. *Pep.* Ni aun tanto era menester.

SCENA VI. *D. Gonzalo, D. Clara, D. Eugenio, D. Pepita, y D. Basilio.*
Gonz. Pendencias,

y mas pendencias! Querrán dexar un momento quieta á la muchacha? *Pepita,* en el cenador te esperan el Marqués y Doña Ambrosia.

Pep. Voy corriendo. Ahí se queda el Séneca de estos tiempos, que les meterá por fuerza la erudicion en los cascós. A Dios, á Dios. Quando él vuelva á embocarme otra mision, que me emplumen. Pocas de éstas. *vase.*

Gonz. Ahora bien: llega el caso á *D. Eug.* de ajustar aquí unas cuentas.

Eug. Conmigo? *Gonz.* Sí: con usted. No hay reparo en que lo sepan mis hermanos. Cómo estamos en quanto á las dependencias de las fábricas? *Eug.* Mui bien no se qué misterio encierra esa pregunta. *Gonz.* Le pagan á usted el producto entero y puntualmente? *Eug.* Ninguno tiene mas constantes pruebas de ello que usted; pues percibe siempre mui cabal su renta.

Gonz. Cierto; y aun adelantada. Pero los que allá gobiernan la fábrica en Cataluña son sujetos de conciencia y buen proceder? *Eug.* Lo son; y ni la menor sospecha tengo en contra. *Gonz.* Sin embargo, segun Don Victor de Sierra avisó á usted el correo anterior, ellos saqueán su caudal de usted, y el mio.

Eug. Como! *Gonz.* Y la fuga secreta que meditan. *Eug.* Don Gonzalo! Qué fuga? Habla usted de veras?

Gonz. Mas que usted, conmigo. Puedo disimular la reserva

con que usted me lo ocultaba; mas ahora que lo niega tan redondamente, digo que eso es jugarme una pieza atroz: y aquí esta la carta que lo declara. Usted lea.

Entrega una carta á D. Eugenio, y mientras éste lee con sobresalto, continúa D. Gonzalo.

Hoi he recibido aquí este aviso. Que le tenga usted callado hace días, me causa mucha extrañeza.

Eug. Ni conozco á este Don Victor, ni he visto jamas su letra.

Gonz. Pues ese nos quiere bien: y á fé que no es carta ciega; que el hombre bien claro firma.

Vuelve D. Eugenio la carta á D. Gonz.

Eug. Será carta verdadera: mas la noticia no lo es; porque sé con evidencia que aquel establecimiento hoi, mas que nunca, prospera.

Gonz. Así lo aparentarán los mismos que le manejan.

Eug. Las cartas que últimamente he recibido, comprueban lo contrario. A bien que todas las traigo en las faltriqueras.

Empieza á sacar varias cartas que va mostrando á D. Gonzalo. D. Basilio ayuda á desdoblar algunas de ellas, y las examina mientras D. Gonzalo hace lo mismo.

Clar. Basta que el Señor afirme que no conoce tal Sierra, sin que exhiba testimonios de su verdad. *Bas.* No se encuentra aquí firma parecida á la de ese hombre. *Gonz.* Aver ésta... me parece... cabalmente... la misma, la misma letra.

Eug. Es posible. *Gonz.* Véa usted. *D. Eugenio lee para sí la carta. D. Basilio se acerca, y pasa la vista por ella al mismo tiempo que D. Eugenio.*

Eug. Qué es esto! *Gonz.* No se tolera entre hombres de bien y amigos tal ficcion. Y qué torpeza!

disimularlo primero;
luego negarlo; y nos muestra
él mismo ahora la carta
que con frescura protesta
no haber recibido. *Eug.* Ciertó
que es terrible mi sorpresa!
este aviso bien conviene
con el otro. *Bas.* Sí: y la fecha
es del correo pasado.

Gonz. Necesitamos mas pruebas?

Clar. Seguramente hay aquí
alguna trama encubierta;
pues no cabe en Don Eugenio
falsedad, ni estratagemas.

Gonz. Yo de nadie fio. El chasco
es mui pesado; y mi queixa
es tan grave, que no admite
satisfaccion, ni respuesta.

Eug. Amigo. *Bas.* Hermano. *Clar.* *Gonz.*

Gonz. Que venga el señor, que venga
á congraciarse conmigo...

A Dios. Como si no hubiera
habido amistad jamas
entre nosotros. *Clar.* Sosiega.

Gonz. Ya se aclarará el asunto,
en forma; y pague quien deba, *vase.*

Eug. En qué confusion me ha puesto!
á menos que recibiera
yo esta carta, y la guardara
con las otras sin leerla...

Bas. Todo puede ser. *Eug.* Lo cierto
es que ya las apariencias,
á pesar de mi inculpable
integridad, me condenan.
Pero al fin, medios habrá
de visdicar mi inocencia,
si me escucha Don Gonzalo
con mas espacio. Intercedan
ustedes. *Bas.* Vamos á estar
con él, y hacer la mas séria
averiguacion de todo.

Clar. ¿ no debiera estar hecha
antes de insultar así

á un hombre honrado? *Bas.* Aquí llega
Pepita. Y viene riñendo
con su amada compañera.

Clar. Vámonos por este lado
no sea que nos detengan.

*Vanse por la derecha Doña Clara,
D. Eugenio, y D. Basilio.*

SCENA VII. *D. Pepita, con unos
naipes en la mano, y D. Ambrosia, que
salen por la izquierda.*

Pep. Esto no se hace conmigo;
no, señora. Es insolencia
del Marqués. Pues! Disputarme
que es codillo, siendo puesta!
aquí está la baza: mira.

Amb. Ciertó: la baza tercera;
el hizo quatro; yo dos...

Pep. arrojando las cartas con enfado.
no hay tal codillo. *Amb.* No sea.

Pero ven acá: te irritas
por esa gran bagatela
con quien te complace en todo?

Pep. Bastaba que lo dixera
yo, para no replicarme.
Y en fin; tengan ó no tengan
razon las damas, los hombres
deben darsela por fuerza.

Amb. Pero has tratado al Marques
malamente. Eso quisiera
Don Eugenio, que riñeseis
los dos. *Pep.* Aunque él me impacienta
con sus amonestaciones,
tiene otro modo; y sus prendas,
si he de hablar con claridad,
merecerían que hiciera
mas caso de él. *Amb.* Que tal digas!

Pep. Una cosa es que por tema,
por despique, por venganza
de que me enamora á medias,
y anda buscando defectos
que tildarme, yo conceda
mis favores al Marqués,
y otra es que no comprenda
lo que vale cada uno.

Amb. Con que tu correspondencia
al que eliges por esposo
solo se funda en que intentas
castigar con un desaire
al competidor? *Pep.* Lo aciertas.

Amb. Pero no le amas? *Pep.* Conforme.
Si el amor es sentir penas,
ansias, desvelos, fatigas,
y toda aquella caterva
de lástimas que he leído
en comedias y novelas,
yo no tengo tal amor;
ni entiendo como hai quien pierda

el sueño y el apetito
 por semejantes simplezas.
 Pero si es amor gustar
 de su aire, de su viveza,
 de su petimetrería,
 y buen pico, yo estoy ciega
 por él. *Amb.* Eso basta; y sobra.
 Con tal que no se aborrezca
 á un hombre, es mui suficiente
 para marido qualquiera;
 que bodas de enamorados
 no son las que mejor prueban.
 Lo cierto es que por un ojo
 de la cara no se encuentra
 un novio: (en lo que consiste
 no lo sé.) La grande empresa
 es salir del infeliz
 estado: despues se arregla
 cada una como puede;
 sobre todo quando acierta
 con un hombre racional,
 dócil, franco y de experiencia
 del mundo como el Marqués.
 Si te alabo, es por esta
 razón mui principalmente;
 pues en la hora que dieras
 á Don Eugenio la mano,
 pobre Pepita! Hazte cuenta
 que ibas á ser una esclava.
 Aquel? No te permitiera
 ni un desahogo inocente.
 Con sus máximas añejas,
 su indigesta condicion,
 y sus cansadas leyendas
 pasaras buen noviciado.
 Dios nos libre! Te midiera
 los pasos con un compas.
 el Marqués... (qué diferencia!)
 ya verás que bien te trata.
 aunque en casandose, piensa
 llevarte á Italia, le harémos
 que desista de esa idéa;
 y viviendo tu en Madrid,
 figuráte qué perfecta
 vida nos podrémos dar,
 unidas en tan estrecha
 confianza como ahora.
 Si: nos tiene mucha cuenta
 esta boda á ti y á mí.
 pero temo que no sepas

manejarte con el pulso
 necesario en la carrera
 que vas á emprender. *Pep.* Confieso
 que tengo poca reserva
 para esas cosas. *Amb.* Pues, hija,
 es menester que la tengas;
 porque te aseguro que hoy
 sin un poco de trastienda
 está una muger vendida.
 Tiempo llegará en que pueda
 yo, pues que soi veterana,
 hacerte unas advertencias
 muy utiles; por que, mira:
 como en casa y fuera de ella
 los hombres todo lo mandan,
 á nosotras no nos queda
 mas recurso que mandarlos
 á ellos. De esta manera
 tambien lo mandamos todo.
 He aqui la primera ciencia
 de una muger. No es muy fácil;
 mas no hay remedio: aprenderla;
 ó resolverse á vivir
 perpetuamente sujeta.
Pep. Vaya! Como yo me aplique
 quatro dias con tus reglas,
 y mi tal qual travesura,
 seré el honor de tu escuela.
Amb. Ah! Gobernar á los hombres
 es arte de mucha tecla,
 y no se adquiere tan pronto.
 A cada qual se le lleva
 con método muy diverso.
 Por mas que ellos se envanezcan
 de lo que pueden y saben,
 pregonando á boca llena
 que nuestro sexô es el débil,
 todos tienen sus flaquezas,
 y tanto, ú acaso mas
 deplorables que las nuestras.
 Descubrir á cada uno
 la suya, y darle por ella,
 ese, amiga, es el secreto,
 esa es la llave maestra.
 Desde luego se supone
 que la cobarde que no entra
 poniendose en el buen pié
 de mandar con prepotencia
 los primeros quince dias,
 por siempre jamas se queda

hecha una monja en el siglo,
 hija humilde de obediencia.
 Es menester habituarlos.
 Si el recién-casado empieza
 á ceder, cederá siempre;
 y la muger triunfa y reina.
 Pero algunos que al principio
 son dociles, se rebelan
 despues. Aqui es necesario
 recurrir á las cautelas
 mas delicadas del arte.
 A veces, indiferencia;
 oír serena los cargos,
 y como que se desprecian:
 á veces abatimiento
 de dolor y de vergüenza.
 Y si no basta, acudir
 con quatro caricias hechas
 á tiempo; pero no usarlas
 con demasiada frecuencia,
 porque si llegan á hacerse
 muy triviales, ya no pegan.
 Cuando el caso apriete mucho,
 declamar con entereza,
 y con furor que amenaza
 resoluciones violentas,
 y de tal publicidad
 que el pobrecillo las tema.
 Sobre todo, negar siempre;
 y nunca echarse por tierra.
 en fin.... Pero me dexaba
 lo mejor. Una xaqueca
 de quita y pon, un buen flato,
 manejado con prudencia,
 con un bálsamo, querida;
 porque no solo libertan
 á una muger del apuro
 y ahorran muchas respuestas,
 sino que todos entonces
 la cuidan y la contemplan,
 y lo que antes fue reñirla,
 es luego compadecerla.
 Por la mañana: „Dios mio!
 „estoy fatal, casi muerta;“
 pero á la tarde vestirse;
 como si tal cosa fuera;
 parchecitos en las sienes;
 y al paseo, á la comedia,
 al bayle, ó á lo que salga.

Pep. Segun eso se remedan

los ilaños? *Amb.* Muy á lo vivo;
 ó sinó; un dolor de muelas.
 Con qualquier enxuagatorio
 se tiene la boca llena;
 y entonces, aunque la estrechen
 á una, no se contesta.

Pep. Bien fáciles de aprender
 me parecen esas tretas.
 mucho mas dificultoso
 es llorar quando una quiera;
 y eso ya lo sé yo hacer.

Amb. Sí? Pues tu saldrás experta.

Pep. Y hacerme la vergonzosa
 quando oigo cosas no buenas
 para que los hombres queden
 prendados de la inocencia.

Amb. Ingenio feliz! Por donde
 muchas acaban, tú empiezas.

Pep. Con todo; quiero me enseñes
 nuestras máximas secretas.

Amb. Solo aquí, que no nos oyea
 los hombres, las descubriera.
 Hay otras muchas; y todas
 contribuyen al sistema
 de que hagan su voluntad,
 gasten siempre, y se diviertan
 las carísimas esposas
 que carísimo les cuestan.

Pep. Es menester que lo aguanten
 al fin, quieran ó no quieran;
 que para eso son maridos.
 Bastantes impertinencias
 sufrimos con criaturas
 con amas, y otras cinquenta
 pensiones, que ellos no sufren.
 Les toca cuidar la hacienda:
 luego el gastarla con todo
 lucimiento es cuenta nuestra;
 ó verán lo que les pasa
 si no nos tienen contentas.

Amb. Sin duda ya ellos conocen
 algo de esto; porque apenas
 se les habla de consorcio,
 huyen el cuerpo, y nos tiemblan.

Pep. Prosigue, amiguita mia;
 que me gustan esas reglas.

Amb. De paso he dicho esto: el us
 te enseñará otras cosuelas.

Pep. Pues mas despacio hablaremos.

Amb. Sí; que es larga la materia.

vamos, discípula. *Pep.* Vamos; incomparable maestra.

Amb. Volvamos á la partida. Pero aguarda. Aquí se acerca tu padre. Puedes ahora echirle una especie suelta sobre eso que hemos tratado.

Pep. De mi tia? *Amb.* Y que la obsequia Don Eugenio. A ver si es dable deshacernos de él y de ella.

ESCENA VIII. *D. Pepita, D. Ambrosio, el Marques y D. Gonzalo.*

Marq. Es deshonorante el crimen. Puede estar mas descubierta la traicion de Don Eugenio?

Gonz. Pero mi hermana se empeña en disculpar á su amigo.... (Suio, porque si antes lo era mio, ya no lo es.) *Amb.* Y usted se admira de que defienda Doña Clara á Don Eugenio?

Marq. Ignora la inteligencia amorosa que mantienen. (na.

Gonz. Mi hermana y él? *Pep.* Como sue-

Gonz. Qué dices, muchacha? *Pep.* Digo lo que sé. Pues soi yo ciega?

Gonz. Aunque los tres me lo afirmen, no concibo tal sospecha contra Clara, que no ha dado jamas que decir. *Pep.* Es diestra en ocultar con la capa de santidad las miserias humanas; mas yo la entiendo.

Gonz. Es fragil como qualquiera; pero suspendo mi juicio hasta que tenga unas pruebas.

Pep. Yo las daré mui de vulto. Verbigracia: su doncella me cuenta que Don Eugenio ni un dia siquiera dexa pasar sin ver á mi tia.

Gonz. Eso es porque, como piensan á lo filosofo, gustan uno de otro.

Amb. en tomo de malicia. Ya: congenian. que es lo principal. *Pep.* Y si andan regalándose finezas como dos enamorados, qué dirá usted? *Gonz.* De manera que pueden ellas ser tales...

Pep. Pero como! Usted se acuerda del relox que dió á la tia quando se casó? Pues sepa que lo tiene Don Eugenio, ponderando que le aprecia.

Gonz. Y ella se le ha regalado?

Pep. Pues querria usted que él fuera á hurtarle? *Gonz.* Yo necesito verle

Pep. Luego que parezca por aquí, se le haré yo sacar. Y quando usted vea un bolsillo de oro y plata, con un pasador de piedras finas, y (lo que denota mas estrechez) con las letras del nombre de Don Eugenio. El le tiene: obra estupenda de las primorosas manos de mi tia, y manifiesta memoria de su cariño.

Gonz. Y eso es cierto? *Pep.* Usted no en gazmoñadas. Las que (crea son así, mosquitas muertas...

Dios me libre! Y dan consejos á las demas. Zalameras! Yo digo: sí, sí; nó, nó; y quiero la gente ingenua; pero esas hipocresías....

Gonz. Calla, niña. *Pep.* Me de guellan.

Gonz. Es posible que mi hermana.... Pero allá se las avenga con su marido. *Amb.* Aquel sí: es hombre de mucha espera: un bendito. *Marq.* El tomará paciencia. Al fin, siempre es esta la suerte de mil maridos; y no obstante que los juegan sobre el teatro á la cara del *parterre*, ellos no dexan de seguir su tren de vida, ni toman una gran pena.

Pep. Y usted, padre, qué me dice del Don Eugenio, que, mientras públicamente pretende á la sobrina, festeja á la tia callandico?

Parece que el hombre es pieza.

Amb. Oh! yo no sé con que cara solicita le prefieras al Marques.

Marq. Si él me pudiese

suplantar, para mí fuera un golpe mortificante.

No lo temo... Mas él llega.

ESCENA IX. Los dichos, y D. Eugenio,

Eug. Mi señora Doña Clara, y su digno esposo esperan que usted, señor Don Gonzalo, por un breve rato venga conmigo á la sala. Allí daré á usted la mas completa satisfaccion que es posible por ahora; pero resta que mañana, ó esta noche, luego que estemos de vuelta en Madrid... *Gonz.* Bien. Todos esos quebraderos de cabeza dexémoslos para allá, y veremos por quien queda.

Pep. Don Eugenio qué tal anda su relox de usted? Quisiera poner el mio á la hora. á ver. *Eug.* Sacando el relox. Las nueve y quarenta.

Gonz. Acercándose á mirar el relox. nueve y quarenta.... En efecto. Vaya que no lo creyera!

Eug. Qué fuese esta hora? *Gonz.* Pues: hubo aquí una duda.

Pep. No era yo la que estaba atrasada á de noticias. Por la tema: (D. Gonz. se ha desengañado usted?

Gonz. Tienes razon. Quién me trueca este doblon de ocho?

Eug. Sacando un bolsillo. Yo.

Gonz. Para pagar una cuenta al tio Pedro. *Pep.* Que bolsillo tan lindo! Pues en las tiendas no los hai de estos. *Eug.* Perdona usted que no se le ofrezca; porque es dádiva estimable de otra dama. *Pep.* Y se pudiera saber quien es? *Eug.* Su señora tía de usted. *Pep.* Sí? dé veras? Está mui bien empleado.

Gonz. Mirando con atencion al bolsillo. Celebro que se entretenga mi hermana en buenas labores, propias de su sexo. En ciertas especies de habilidades, la que menos corre, vuela.

Pep. Marques, á jugar; que estoy picada de aquella puesta.

Marq. Y querrá usted desquitarse?

Pep. Sí; pero de otra manera.

Esos juegos carteados son tan insulsos.... Si fueran de apunte, ó de envite fuerte.

Marq. Al quince? *Pep.* Al quince me la inclinacion. Sí: envidado. (lleva

Vamos, amiguita. Juega usted, Don Eugenio? *Eug.* Yo? Solo por condescendencia; por aficion, nunca. *Pep.* picada. Y que? Si lo toma, ó si lo dexa, para mí es lo mismo. *Eug.* Ahora voi á dar una respuesta á Doña Clara; mas luego....

Pep. Pues vaya usted, y no vuelva Ea! Piérdase de vista.

Eug. Lo que he dicho es. *Pep.* Si la tierra tuviera un escotillon porque desapareciera de aquí mas pronto! *Eug.* Señora.

Pep. No hago yo mayor fineza en convidarle, que usted en admitir? *Eug.* Quién lo niega. Obedeceré al instante.

Pep. No me gustan obediencias forzadas. Marques? *Marq.* Madama!

Pep. Vámonos. Coge del brazo al Marques como para irse con él.

Eug. Si mi presencia es la causa del eno-ya queda usted libre de ella. *vas.* (jo,

Pep. Agua: la ida del humo.

Gonz. Chica, y conmigo no cuentas? Tambien soi aficionado un poco á tirar la oreja.

Pep. Pues venga usted. *Amb.* Ve de- Tenemos cierta materia pendiente tu padre y yo. (lante.

Ya vamos. *Pep.* No te detengas. Al quince, Marques, al quince.

Marq. A todo lo que usted quiera.

ESCENA X. D. Gonzalo, y D. Ambrosia.

Amb. Va usted conociendo ya las gentes que le rodean?

Gonz. Sí, señora, y descubriendo mas terreno que quisiera.

Me fiaba de un amigo á quien entregué mi hacienda;

y él me callaba que estoi
en términos de perderla.
Muy prendado de mi hija,
y conservando secreta
intimidad con mi hermana.
Todos son unos. La buena
señora, despues de hacerse
la impecable.... Tambien ellas
deben de ser todas unas.

Amb. Todas no. Yo bien pudiera
citar alguna, de quien
es regular que usted ten a
buen concepto, y que le debe
la mejor correspondencia;
que mirando por su casa
de usted, tanto se desvela
en cuidarla, que se olvida
de la propia por la ajena;
(leve muestra del afecto
sólido que le profesas);
que para evitar los muchos
riesgos á que vive expuesta
una señorita joven,
huérfana de madre, zela
con esmero su conducta,
la acompaña y la aconseja;
y en fin.... *Gonz.* Ah, vecina mia!

Basta: no me reconenga
usted con los beneficios
que su bondad me dispensa.
Sé como se sacrifica
por servirme, y que está hecha
perennemente una esclava
sin apartarse de Pepa.
Sé tambien (y lo agradezco)
que á no ser porque gobierna
lo económico una amiga
juiciosa, yo no tuviera
ni camisa. *Amb.* Pues quien sabe
todo eso, conviene sepa
igualmente quan injusta,
quan amarga recompensa
logra ya de sus afanes
la que tan bien los emplea.
Ai, amigo Don Gonzalo!
Los quatro años de frecuencia
continua en casa de usted,
y nuestra cordial y estrecha
union (que á nadie se oculta)
son causa de que hoi padezca

el honor suyo, y el mio.
Ya mi opinion anda en lenguas
de las gentes. Los que mas
nos favorecen, sospechan
que estamos secretamente
desposados. Otros siembran
voces mas perjudiciales
á mi notoria decencia.
No hai que decir mas á un hombre
que justamente se precia
de caballero. En sus manos
con gran confianza entrega
su crédito una señora
para que, segun conciencia
y pundonor, le restaure.
Y si el mérito que alega
de fiel amiga no basta,
baste saber que encomienda
una dama el noble y digno
desagravio de esta ofensa
al mismo que, aunque inocente,
ha dado lugar á ella.

Me explico así precisada:
perdone usted mi franqueza.

Gonz. Sentiria que persona
á quien debo las finezas
que á usted, llegase á tener
hoi de mí la menor queja.
Pero esos murmuradorés
maliciosos se desprecian.

Amb. Acá los despreciaremos
nosotros, enhorabuena;
mas el público, juzgando
por todas las apariencias,
les da asenso; y en usted
consiste el desvanecerlas.

Gonz. Jamás podré yo faltar
á una amiga verdadera.

Pero, señora, mis años....

Amb. Los años! Que? Soy yo de estas
calaverillas que pierden
las mejores conveniencias
solo porque el novio gasta
peluca, y luego se prendan
de un tupé muy bien rizado
y una eíbeza muy hueca?

No hai desproporcion tampoco.

Usted tendrá los cincuenta.

Gonz. Sí tal: cumplidos. *Amb.* Y yo
al rededor de los treinta.

Gonz. Ya usted sabe que mi genio...

Amb. No le hai en toda la tierra tan cortado para el mio.

Ambos somos de una escuela: alegres, sin pataratas, siempre iguales: y la prueba es no haber tenido un sí ni un nó. *Gonz.* Tá! ni Dios lo quiera.

Solo que amo demasiado mi libertad; y el sistema de vida á que estoi tan hecho.

Amb. Que inconveniente! Eso fuera bueno quando yo imitara á la difunta en lo séria, en lo encogida, zelosa, y amiga de tomar cuentas que fué, segun me ha contado usted mismo. *Gonz.* Todo eso era.

Amb. Conmigo no tendrá usted ninguna de esas molestias.

Entrará, saldrá; temprano, tarde: que se divierta

á su modo: haré lo propio.

Viviremos en perfecta concordia. Pués. Lo demas no es matrimonio; es galera.

Yo tengo bastante mundo:

á usted ya nadie le lleva de los andadores. *Gonz.* Ambos comemos pan con corteza.

Amb. Unidos, mas no sujetos, haremos buena pareja.

Gonz. Está bien.... Pero cuidado, vecina, que ha de ser esa la principal condicion.

Amb. Y yo quiero que lo sea.

Gonz. Así, ya nos convendremos.

Amb. Basta la mutua promesa.

Gonz. Rabiará mi hermana. *Amb.* Rabie.

Qué necesitamos de ella?

Pepita; con el Marques;

yo con usted. Demos priesa

á estas dos bodas. La dicha

de los quatro ya es completa.

ESCENA XI. *Los dichos y Bartolo.*

Gonz. Qué traes de bueno? *Bart.* Dice la Señorita que espera

á sus mercées. *Amb.* Ya vamos.

Gonz. Dí: se han marchado de veras los majos? Me ha parecido

que sonaban allá fuera

las guitarras. *Bart.* La verda,

señor. Están en la huerta

de enfrente. Yo les icho

que tan presto no se juevan;

porque, aunque la Señorita

los despachó, me hice cuenta

de que aquello era un arranque,

y que á la postre.... *Gonz.* Ocurrencia

muy feliz! Anda, Bartolo,

y díles que al punto vuelvan. á *D. Am.*

Se les llamará á su tiempo *(brosia.*

Bart. Miren que bien hice yo

en guardar las castañuelas! *vase.*

Amb. Venturoso dia! Vamos,

esposo. *Gonz.* Vamos; parienta,

viva la alegría! *Amb.* Viva!

Y muera la envidia! *Gonz.* Muera!

ACTO TERCERO.

ESCENA I. *D. Clara, el tio Pedro y Bart.*

Clar. Con que segun usted dice,

todavía estan jugando?

Ped. Sí, pardiez; y en too el dia

llevan traza de dexarlo.

Pero envidan los doblones

como si juevan ochavos.

Ya le igo á su mercé:

yo vengo escandalizáo.

Verdá es que nunca he visto

jugar sino acá en el campo

á los probes, algun dia

de fiesta, la brisca á quarto.

Pero aquello es divertirse

con quatro amigos un rato;

y no tirarse lo mesmo

que si no juevan Christianos.

Bart. Ai, tio Pedro! Si en Madril,

segun á mí me han contáo,

hai hombre que en una noche...

En una noche? en un quarto

de hora, pierde quatro veces

mas de lo que un hortelano

como yo, con cinco riales,

gana sudando en un año.

Ped. Serán ricotes. *Bart.* Se entiénde.

Y mas si tienen vasallos

que se lo ganen. *Ped.* Aquellos

que han de hacer sino jugarlo?

Clar. Y dice usted que quien pierde

mas que todos es mi hermano?

Ped. Lo igo porque , aunque pierda la Señorita otro tanto, y lo mesmo Doña Ambrosia, naide paga sino el amo; y diz que del cuero salen las correas: Supongamos que el buen Marqués á toicos me los iba ya pelando.

Bart. Estos así son dichosos en quanto ponen la mano. Y el amo y la Señorita como le hacen tanto caso. No me engañára él á mí, con todo que soy un macho; ni á usté tampoco : es verdá señora?...

ESCENA II. *Los dichos, y D. Basilio.*

Bas. Qué es lo que acabo de ver! No es posible esté en su juicio mi cuñado. Ni él, ni su hija, ni su amiga saben ya como ni quanto pierden. El Marqués se rie de verlos precipitados; los picá, los atolondra; y ellos se van empeñando con ansia de desquitarse. Qué demencia! Y no es lo extraño que hayan perdido el dinero que trahían; porque al cabo será corta cantidad; mas, jugando ya con tantos, nuestra sobrinita, en fuerza de su genio arrebatado, se ciega, envida sin tino, y por un cálculo saco que con quinientas medallas no pagará Don Gonzalo la pérdida de los tres.

Clar. Qué dices? *Bas.* Y he reparado que el Marqués no juega limpio.

Clar. Tambien esa? *Bas.* Por debaxo de la mesa al disimulo sacaba de quando en quando naipes para completar el punto de quince... *Ped.* Rayo!

Bas. Sin duda en la faltriquera los trahía preparados.

Clar. No puedo yo consentir

exceso tan temerario de unos y otros. Allá voy.

Bas. Qué pretendes? *Clar.* Remediarlo. *va-*

Bas. Mi hermano toda su vida *(se por* ha de ser un perdulario. *(la iz-*

Ped. Aquel señor forastero *(quier da.* que ahora poco ha llegao, y que usté quiso que entrara á descansar en mi quarto, allá se ha queáo solo.

Yo voy á ver si quiere algo.

Bas. Dígale que volveré á estar con él: que, entretanto se mantenga oculto allí; y que ya tendré cuidado de avisarle se presente aquí quando llegue el caso.

Ped. El dixo que á Doña Ambrosia es á quien viene buscando.

Bas. A su tiempo la verá.

Yo me entiendo. *Ped.* Pues me marchó. *v.*

Bas. Ya, por fin, el Mayordomo parece que te ha sacado del cuerpo aquel gran secreto.

Bart. Quise al prencipio callarlo; pero dempues dixé: no: aquí hay algun contrabando; porque meter Doña Ambrosia un papelito doblao drento de la faltriquera de aquel Señor, mientras tanto que él y el Marqués y él estaban enzarzáos, nó, no medio buena espina; ni tampoco lo que hablaron, quando se jué Don Ugenio, la viuda y el perroquiano.

Bas. Dexa; que con ese aviso luego se pondrán en claro ciertas cosas. *Bart.* Bien pudiera su mercé dicirme en pago qué caballero es aquél que está tan agazapao en el quarto del tío Pedro, desde su mercé en el patio le vido y le hablo. Vendrá á la juncion convidáo?

Bas. Ya tendrá su parte en ella.

Vé á recoger su caballo. *H.ice*

Bart. Voy corriendo. Mire usté: *(que se* yo



yo estaba tras de aquel árbol, (va y cuando el Marqués y la viuda vuelve.

Bas. Todo lo sé. *Bart.* Es que yo callo muchas cosas. *Bas.* Véte, véte.

Bart. Pero también, cuando hablo, hablo.

ESCENA III. *D. Gonzalo, y D. Clara, que salen por la izquierda: D. Basilio, y Bartolo que habiendo hecho a tomar de irse, se queda un poco retirado.*

Clar. No estaba presente yo; que ya lo hubiera estorvado; y no te precipitara tu ceguedad en el lazo que te armaba un hombre astuto. Bien lo pagas. Pero extraño contribuyas á que Pepa, sobre todos sus resabios, se aficione á un juego fuerte, origen de mil estragos.

Gonz. Cierto que es mucho el dinero que el Marqués nos ha ganado; mas todo se queda en casa.

Bas. Qué cuentas haces, hermano?

Gonz. Como él há de ser mi yerno, al ajustar los contratos eso menos llevará

en el dote. *Clar.* Bien pensad! Con que esa boda es segura? (caso

Gonz. Esa, y otra. *Clar.* Qual? *Gonz.* Me con mi amiga Doña Ambrosia.

Clar. Pero como? *Bas.* Pero quando?

Gonz. Como? Queriendo los dos.

quando? Muy pronto. *Clar.* Gonzalo!

Gonz. Ya te diré los motivos, que son muy extraordinarios. *Repa-*
Pícaro? qué haces ahí? (riendo

él nos estaba escuchando. (en Bar-

Bart. No, señor: lo de esas bodas? (tolo.

no tengo ya que escucharlo.

Desde que he venido yo aquí

la otra vez con un recaó,

la señora Doña Ambrosia

y usted no estaban hablando

mas que de eso. *Gonz.* Eal qué esperas?

Bart. Si mandan algo. *Gonz.* Mandamos

quo nos dexes. *vase Bartolo.*

Bas. á *D. Gonzalo.* Bien dispones tus proyectos. Yo oigo, y callo, pero sé que en descubriendo cierto secreto que guardo,

ni tú has de querer ya dar

á tu vecina la mano,

ni mi sobrina al Marqués.

Gonz. Como así? *Bas.* No lo declaro

por ahora. Lo sabrás

dentro de muy breve rato,

quando estén juntos aquí

todos los interesados.

Gonz. Buenos misterios! *Clar.* Escucha.

Que seas tan insensato!

que no consultes las cosas!

y que tengas tan cerrados

los oídos para todos

los que bien te aconsejamos!

solo Doña Ambrosia puede

contigo! solo el incauto

proceder, el mero antojo

de una niña, y sus disparos

han de ser la lei, la norma

de tu conducta! *Gonz.* He soltado

una palabra al Marqués,

otra á Doña Ambrosia; y me hallo

en precision de cumplirlas.

Clar. Eso es: pundonor exacto

en el cumplimiento de ellas;

y en darlas ningun reparo.

Tu hija y su amiga son locas.

Gonz. Vaya, que te has levantado

hoy de malísimo humor!

pero, hermana, hablemos claros.

Ya que tachas sus acciones

y las mias (*baxandola voz.*) por lo baxo

te prevengo que reformes

las tuyas. *Clar.* Y yo, por alto,

respondo que no podrás

hacerme ni un leve cargo.

Gonz. Uno, y gordo. *Clar.* Será injusto.

Gonz. Meta cada qual la mano

en su pecho. Todos tienen

porque callar. Pues acaso

que Pepa quiera al Marques

es algun delito raro?

no son solteros? Pues todo

se compone con casarlos.

Pero tú qué das lecciones

de cordura, y en tu estado,

ya ves que tanta amistad

con Don Eugenio dá campo

para que las gentes crean....

Clar. Creerán lo que es muy falso

faltára conversacion
divertida en los estrados,
si la malicia dexase
de suponer que en el trato
de personas de dos sexôs
hay siempre algun fin dañado.
Muger, y tener amigo?
no se vé ya ese milagro.
Hombre y amiga? Imposible.
Quien la trata mas? Fulano.
Ese es el cortejo amante,
galan, pique, mueble, trapo.
Y porque quatro indiscretas,
ó fáciles, han cobrado
la opinion que Doña Ambrosia,
y la que desde hoy presagio
cobrará tambien tu hija,
si no se precabe el daño,
han de perder su buen nombre
las mugeres de recato?

Gonz. Pero poco á poco, hermana.
Mi juicio no es temerario;
y si lo he de decir todo,
quando dos se hacen regalos
como un relox, verbigracia,
para que el enamorado
sepa á qué hora fué dichoso,
ó un bolsillo muy profano
con sus letras.... Ya me entiendes.

Clar. Lo entiendo; y no satisfago
á indignas reconvençiones.
Bolsillo y relox son ambos
dones míos; y con ellos
celebro mucho haber dado
á Don Eugenio una muestra
de cordial afecto. *Gonz.* Estamos
de la otra parte. Qué mas,
si el reo canta de plano?

Clar. En publico lo diré,
y sin el menor empacho.
Pero solo he de dar cuentas
á mi esposo; no á un hermano
que con sospechas iniquas
hace el mas sensible agravio
á una hermana que se precia
de tener mui bien seniado
su crédito en esta parte.
No es posible que vivamos
unidos: bien dixé que era
inutil reconciliarlos.

Ya que con tan poco honor
piensas de mí, lo acertado
será no volver á vernos.
Mi único fin, mi conato
era impedir el desorden
de tu casa. Ya no es arduo
mi empeño; es inasequible,
si algun pronto desengaño
no te escarmienta; y así
de qué sirve incomodarnos?
dá esa Madrastra á tu hija:
goce en propiedad el mando
la que tanto abusa de él
teniendole de prestado.
Ese charlatan viajante
sea, pues, depositario
de tu confianza y bienes:
ambos te darán el pago.
Yo me vuelvo á mi retiro.

Gonz. No, Clara, no. *Clar.* Sí; *Gonzalo.*

ESCENA IV. *D. Clara, D. Gonzalo,*

D. Eugenio.

Eug. Me pesa mucho de hallar
á ustedes así altercando.

Haya paz, buena armonía.

Pero ya veo que valgo
mui poco con el señor
desde que ha desconfiado
de mi verdad y honradez.

Ninguno de mis descargos
ha de poder convencerle?

Gonz. Ya he dicho que suspendamos
eso para otra ocasion.

Eug. Mi credito está empeñado;
y ántes de veinte y quatro horas
ofrezco ponerle en salvo.

Tengo amigos que me abonen;
y el primero es su cuñado

de usted. *Gonz.* Don Basilio? *Vaya:*

sea en hora buena que ambos
se lleven bien, y uno á otro
se favorezcan. *Clar.* Al caso.

Eug. Entregaré puntualmente,
al instante que volvamos

á Madrid, el principal
que usted ha depositado

en mi poder. *Gonz.* Eso. *Eug.* Y luego
espero probar que es falso

aviso el de que padezca
mi fábrica menoscabo;

porque esa voz, difundida,
puede causarme un quebranto
verdadero. *Gonz.* Bien está.
Sí: sí: los quartos, los quartos.
Todo lo demás es paja.

Clar. Que así procedas, hermano!

Te conocí generoso;
ya no lo eres. *Gonz.* Me he mudado,
lo mismo que las juiciosas
que han estado edificando
con su virtud, y despues,
alborotadas de cascos,
hacen lo que muchas locas
de quienes murmuran tanto.
Ustedes tendrán que hablar.

A lo menos no sirvamos (nio
de estorbo. A Dios. *Clar.* No es el ge-
vase por la puerta de enfrente.

de este hombre inconsiderado
para mi formalidad.

Aquí se viene acercando
otro que tal. El Marqués:

Voyme; porque sin enfado
no puedo ya resistir
su parola y su descaro.

*Vase D. Clara por la derecha; y sa-
le el Marqués por la izquierda, de-
teniendo á D. Eugenio, que hace ade-
man de irse con D. Clara.*

ESCENA V. *El Marqués, y D. Eug.*

Marq. Don Eugenio, una palabra.

Celebro haber arribado
á tiempo de hallarle solo.

Qué entendió usted decir quando
le hizo ver aquellos versos

Doña Ambrosía? Es necesario
que en un pequeño detalle
me lo explique. *Eug.* Preciado
á dar mi dictámen, dixé
no estaban en Castellano.

Marq. Fué un insulto. *Eug.* Contra quién?

Marq. Contra el Autor. *Eug.* No cons-
su nombre, á nadie ofendí. (tando
Censuré unos versos malos,
y no mas. *Marq.* Pues yo los hice.

Eug. Lo siento; mas no retracto
mi opinion. *Marq.* A mí, que soi
academico honorario
de los Arcades de Roma?

A mí, que entre ellos me llamo

Olocosmo Girabundo!
necesito un desagravio
de ultraxe tan revoltante....

Pero estamos desarmados.

Eug. Aun no estandolo, no riño
por debates literarios.

Marq. Pues bien, Señor: yo por todo
lo que me afecta me bato.

Eug. No lo merece este asunto.

Marq. Yo tuve por igual caso
con un Milord (que era Ingles)
un duelo de los mas raros.

Eug. Siendo Lord, supongo no era
Ruso, Aleman ni Polaco.

Pero él hizo mal; pues nunca
dicta el pundonor al sabio
que emiende con el azero
lo que la pluma ha pecado,
y á la fuerza de razones
oponga fuerza de brazos.

Marq. Haré publico este duelo,
y que usted no le ha aceptado.

Eug. Enhorabuena: sabrán
que conservo el juicio sano;
que no tocan al honor
qüestiones sobre vocablos,
las quales, no con la espada,
con los libros en la mano
se aclaran. A esto me obligo;
á este desafío salgo.

Marq. Muy bien va. Disputaremos
por escrito. *Eug.* Presentando
usted sus versos, diré
en qué fundo mis reparos.

Marq. Y yo haré respuesta. *Eug.* Enton-
nombrarémos tres ó quatro (ces
Jueces hábiles. *Marq.* De acuerdo.
Me pico de Literato

como qualquiera. Con todo,
pretendo que nos batamos,
porque tengo otros motivos.

Eug. Si son otros, explicarlos.

Marq. Usted sabe que Pepita
es ya mia. *Eug.* Si ese caso
ha llegado, no me consta.

Marq. Pero está ya contratado
nuestro enlace. *Eug.* No lo ignoro.

Marq. Y usted quiere, sin embargo,
seducirla. *Eug.* Aconsejarla.

Marq. Es menester decidamos

Este punto.

Eug. Ella es quien puede decidirle : de su labio ha de salir la sentencia. La espada no puede darnos dominio en su corazon; porque es acto voluntario en ella elegir aquel que halle digno de su agrado. Si juzga que no lo soi, con reñir lo seré acaso? Dando muestras de valiente, las diera de temerario; y al fin siempre quedaria igualmente desairado.

Aquí viene. *Marq.* Ella no duda de la preferencia entre ambos.

ESCENA VI. *El Marques, D. Eugenio,*

D. Pepita y D. Ambrosia.

Pep. Qué es esto? De preferencia se disputa? Es excusado, señor Don Eugenio mio, que usted se dé malos ratos. Desde ahora para siempre protesto; juro y declaro que un hombre que galantea como en duda y al soslayo, poniendo mil cortapisas, y haciéndose el delicado, reformador de costumbres, serio dictador Romano, me choca, y me chocará eternamente. No me hablo con quien no tome el amor bien á pechos y adestajo. Yo con el Marques me entiendo, Ea! Ya está echado el fallo.

Eug. Las voluntades son libres.

Pep. Mucho; y la mia mas. *Marq.* Bravo!

Pep. Lo dicho dicho. *Amb.* Adelante; y viva ese aire de taco!

ESCENA VII. *Los dichos, y D. Basilio.*

Pep. Sépalo el tio, la tia, mi padre, y todos. No me ando en contemplaciones. *Bas.* Pepa! Contra quien te enojas tanto?

Eug. Contra mí. Ya este es negocio concluido. *Marq.* Y yo he triunfado por la obligante indulgencia de esta beldad, cuyo encanto

hace hoy la felicidad de mi vida. *Bas.* Y has pensado maduramente. *Pep.* Ya sé de memoria quantos cargos tienen ustedes que hacerme.

Marq. A maravilla. Yo parto á informar de un tan brillante fortunon á Don Gonzalo.

Al tiempo de irse, retrocede, y continúa: ah! Doña Ambrosia! Y mis versos? Usted los tendrá guardados.

Amb. sacando unos quantos papeles. Aquí estan. *Marq.* Si usted se toma la molestia de entregarlos al señor, él hará de ellos un crítico comentario que ha ofrecido. Imprimiré la respuesta que preparo; y la han de dar los jornales extrangeros mil aplausos. *vase.*

Ambr. reconociendo los papeles; y revolviendo las faltriqueras, de las quales va sacando otros.

No parecen estos versos.

Ellos estaban mezclados con los papeles que sabes, Pepita.... aquellos.... *Pep.* Ya caigo. Es finísimo el Marques. á *D. Eugenio.* Sepa usted que me ha entregado los billetes amorosos de las damas que aceptaron sus obsequios en Italia, y en Nápoles, y otros varios países. *Eug.* Si usted supiera, segun mis consejos, algo de geografia, nunca pensara que está situado Nápoles fuera de Italia.

Pep. Poca erudicion. Al grano.

Ello es que el Marques.... *Amb.* No con tales versos. *Pep.* Búscarlos. (doi Ayude usted, Don Eugenio:

Eug. Tomando y reconociendo algunos de los papeles.

A ver éste; Es Italiano.

Este, Frances. Tambien éste.

Amb. A que no los encontramos?

Eug. Aguarde usted. Esta es letra del Marques. En castellano está el papel. Pero es prosa.

Y borrador. Oh! que hallazgo!
Lee. „Señor Don Gonzalo de Medina:
 „muy Señor mio: auque no tengo el
 „honor de conocer á usted sino de re-
 „putacion; la probidad me exhorta á
 „comunicarle.

Así empezaba la carta
 que recibió Don Gonzalo.

Bas. Sí: la letra es del Marques.

Ya se descubrió el arcano.

Amb. Será otra carta. *Eug.* La misma.

Amb. O copia que le habrá dado
 Don Gonzalo. *Bas.* Es borrador.

Eug. Y estotro, si no me engaño,
 el de la carta que hallé
 en mi bolsillo. Leamos.

„Señor Don Eugenio de Lara: mui Se-
 „ñor mio: yo me hago un deber de
 „hacer saber á usted que en la fábrica
 „que tiene en esta villa...

Todo es suyo, hasta el language.

Don Basilio, estoi pasmado.

Bas. Yo no; porque desde luego,
 (y ya ve usted que no en vano)
 malicié que en este embrollo
 andaba el Marques. *Amb.* A espacio.

Vengan esas cartas. *Bas.* No:

perdone usted. En mis manos
 estan bien depositadas.

Son útiles; y las guardo.

Amb. Mire usted que así lo pide

una dama. *Bas.* No la faltó

al respèto en lo demás;

pero en esto es necesario

no la obedezca; pues debo

salvar luego con tan claros

documentos la inocencia

de este caballero honrado. *vase.*

Pep. Yo no entiendo este embolismo.

Amb. Es un lance extraordinario

acá para entre nosotros.

Eug. Volviendo todos los papeles á D.

Ambrosia, menos uno.

Ya no nos hacen al caso

estos papeles. *Pep.* Qué tal?

Eug. No me importa exâminarlos.

Al fin, aquí ha parecido

el que estábamos buscando.

Pep. Las copias? *Eug.* Cierto. Aunque es-
 el Marques versos tan malos, (cribe

su prosa es mucho peor.

Amb. Don Eugenio, no partamos
 de ligero. Podrá dar
 el Marques tales descargos...

Eug. Ninguno habrá suficiente.

Pep. Me dirán ustedes quando
 dexan la conversacion?

Yo en eso no entro ni salgo.

Señor mio, á nuestro asunto.

He dicho á usted que á mi lado

quanto menos tiempo gaste

será lo mejor. *Eug.* Mi engaño

ha cesado ya, señora

ya la excusaré el cansancio

de oír mis exhortaciones.

Que usted haya despreciado

mi obsequio y buena intencion

me es sensible; pero gano

á costa de este desaire

un gran bien, averiguando

no seriamos felices

con genios tan encontrados.

Conocerlo tan á tiempo

nos asegura el descanso.

Ai de otros á quienes llega

mas tardío el desengaño!

Pep. Mui bien exclamado! Ahora

pudiera usted decirme algo

de aquello de falsa, aleve,

ingrata, homicida.... Vamos!

Eug. Yo injuriar á quien me saca

de un error? Bien al contrario:

rendidas gracias la doi

por favor tan señalado.

Señora á los pies de usted,

Pep. Señor, beso á usted las manos. *Re-*

med. indole. Vase D. Eugenio.

Pep. Por esta vez me parece

que no lleva mal despacho.

Amb. Te portas. Pero, amiguita;

me tiene con sobresalto

el grandísimo descuido

del Marques. No haber quemado

aquellos dos borradores!

Mal negocio! Y por qué tanto

los fué á mezclar con los otros

papeles! *Pep.* Pues bien: al cabo

qué resulta? *Amb.* Descubrirse

cierto enredillo tramado

para poner mal á ese hombre

con tu padre, y libertarnos de sus importunidades y su influxo. Mira un caso que debes tener presente. Todo papel reservado se ha de quemar. *Pep.* Ese, y otros consejos que me vas dando tendrán puntual observancia.

Prosigue, que no me canso de la leccion; y aun me quejo de que en el otro repaso me dexaste con la miel (como dicen) en los labios.

Vaya: segundos consejos que dió Don Quixote á Sancho.

Empieza; que ya te escucho.

Pero qué estás cavilando?

Amb. Tengo ahora mal humor,

Otro dia mas despacio...

Pep. Si no estás para ello, ten

á lo menos el trabajo

de oirme, y exâminar

si me voi haciendo cargo

de tus buenas instrucciones.

Yo de todas ellas saco

que el disimulo en nosotras

es mueble mui necesario.

Amb. Basta la apariencia en todo;

y por eso dixo un sabio

que el siglo de oro, de plata,

de cobre, y hierro han pasado,

y es siglo de similor

en el que al presente estamos.

Pep. Todo será que yo pueda

vencer este genio franco:

á fe que no diré entonces

palabra, ni daré paso

sin estudio y precaucion,

Yo tendré mis tertulianos:

entre ellos no es regular

me falten aficionados;

y tomaré mis medidas

para no descontentarlos.

Manejándonos con maña,

aunque ellos se vuelvan Argos,

quien mas mira menos ve,

como en los juegos de manos.

Por exemplo: á los que á solas

trate con mas agasajo.

pondré en público mal gesto;

y tambien será del caso reñirles bien, quando lo oigan los que puedan separarnos, y aun hacer me reconvengan sobre lo mal que los trato. Además, me iré con tiento en llevarlos siempre al lado; pues, aunque veo que es duro privarnos de aquel gustazo de lucir una conquista, reflexiono, sin embargo, que las exterioridades nos pierden tarde ó temprano.

Amb. Bien dices. Las diversiones han de ser sin aparato;

y quando el humo se vea,

ya ha de estar quemado el quarto.

Pep. Lo que tambien me parece

disparate es que tengamos

criadas lindas, á pique

de que den al ama un chasco.

Amb. No convienen dos figuras

principales en un quadro.

Pep. Ahora: el escoger bichos

para pages y lacayos

será indecente. *Amb.* A lo menos,

hoi es gala lo contrario.

Pep. Oye: otra cosa me ocurre.

Por si acaso hai hombres raros

como ese buen Don Eugenio,

que se quejen de que estamos

por conquistar, y pretendan

que debemos saber algo,

ya procuraré tener

algunos libros sembrados

ó cerca del tocador,

ó en las mesas. Ostentando

que leemos, basta: y luego

que vengan á averiguarlo.

En nuestras conversaciones

ya ves que no fatigamos

el discurso. Quando alguna

se vaya formalizando,

con un *ya, bien, pues, no digo?*

estamos fuera del paso.

Lo mismo hacen muchos hombres

y los llaman ilustrados.

Amb. Admirada estoi de oirte.

Pep. Es que me voi desasnando.

Amb. Si se infundirá esta ciencia

con la leche que mamos?
 Mas vamos á lo que importa,
 Pepita. No te ha picado
 aquella serenidad,
 aquel semblante pacato
 con que oyó su despedida
 Don Eugenio? *Pep.* Me ha volado:
 sabes que ahora quisiera
 atraherle. *Amb.* Ni pensarlo.
 Era preciso humillarse,
 y hacer papel desairado.
 No te lo aconsejo, no.

Pep. Pues, animo! Prosigamos
 correspondiendo al Marques;
 y reviente el mentecato
 de envidia! *Amb.* Sí, sí: vengarse.
 Amiga, tendrás el lauro
 de que no logren su intento
 ni él, ni tus tios. Chafarlos.
 El Marques adora en tí:
 tu padre se ha disgustado
 con Don Eugenio, y no piensa
 ejercer el menor acto
 de violencia con su hija:
 ya no escucha á sus hermanos;
 y por fin, serás Marquesa
 con su señoría al canto.
 Mas qué dirás, hija mia,
 al oír que Don Gonzalo
 se ha empeñado ahora en darte
 uña madrastra? *Pep.* Sepamos
 como es eso. *Amb.* No te asustes.
 Lejos de ser en tu daño,
 madrastra solo en el nombre
 es la que te ha destinado.
 Hallarás en ella apoyo,
 consuelo, amistad, amparo;
 y hará por obligacion
 lo que ha hecho en el espacio
 de quatro años por cariño.

Pep. No siendo tú, yo no alcanzo
 quien sea. *Amb.* Dicho se está:
 Y eso te pone en cuidado?

Pep. Madrastra! mal parentesco!
 Pero eres mi amiga, y paso
 por todo. *Amb.* Cómo ha de ser?
 Yo bastante he procurado
 desvanecerle está idea;
 pero él está ten reaccio...
 En público alguna vez

me habrás de besar la mano;
 mas los huéspedes se irán,
 y comeremos el gallo.
 Ni te daré sujecion,
 ni oirás el menor cargo;
 solo sí buenos consejos.

Pep. Como los que ya me has dado.

ESCENA VIII. *D. Clara, D. Gonzalo, D. Ambrosia, D. Basilio y D. Pepita.*

Clar. Por tu infundada sospecha,
 y por el notable agravio
 que me haces, no merecias
 satisfaccion; pero traigo
 quien me defienda. Basilio,
 ven, y explica á tu cuñado
 cómo ha podido llegar
 cierto reloj mio á manos
 de Don Eugenio. *Bas.* Yo mismo
 se le dí. *Gonz.* Tu? Como? *Bas.* En
 de otro que aquel caballero (cambio
 tenia, y fué del agrado
 de mi muger. El, que en todo
 muestra su atencion y garbo,
 la rogó que le admitiese;
 y no pudiendo lograrlo,
 se valió de mí. Yo quise
 que aquel don fuese aceptado;
 y Clara en retorno hiciese
 á nuestro amigo el regalo
 de otro reloj. *Gonz.* Ya: no fué
 mas que un trueque liso y llano.

Clar. Pero no, que hai otra prenda
 de por medio. Es necesario
 averigüemos la historia
 de un bolsillo: como y quando
 le entregó la delinqüente
 al cómplice. *Bas.* Pues fué el caso
 que el reloj que ella admitió
 era de precio mas alto
 que el que cedia; y dispuso
 corresponder, compensando
 el exceso del valor
 con un bolsillo adornado
 de piedras, que Don Eugenio
 recibió, no de su mano,
 sino de la mia: prueba
 de que fué tan delicado
 el desinterés de Clara,
 que aun con un amigo de ambos
 no quiso quedar en deuda,

y á quien diga lo contrario, con enojo.
yo... *Clar.* Sosiegate. *Gonz.* Pues libre
y sin costas. Si hai engaño,
que no valga. Hermana mia,
perdoname; compongamos
todas las desavenencias;
y lo pasado pasado.

Pepa es del Marques, y mia
Doña Ambrosia. El trato es trato;
que le apruebes, ó que no.

Gritando. Bartolo! Señores, vamos
á pensar en divertirnos.

ESCENA IX. *Los dichos, Bartolo, y
el tio Pedro.*

Ped. Anda, hombre; que llama el amo.

Bart. Señor? *Gonz.* Ya puede venir
esa cuadrilla de majos.

Pep. Todavía no se han ido?

Me alegro. *Bart.* Voi á buscarlos. *vase.*

Gonz. Pues mientras vienen, sentarse;
que va á empezar el fandango.

Clar. Puedes celebrar tus dichas,
con tal de que no asistamos
mi esposo, ni Don Eugenio,
ni yo. Basilio has mandado
que pongan mi coche? *Bas.* Sí.

Gonz. Y que? No hai mas que
plantarnos? *Pep.* Vaian mui enhora-
Nos quedaremos los quatro, (buena.
padre, madrastra, hija y yerno;
á ver si nos libertamos
de pesadeces.

Mirando ácia la izquierda. Quién viene?
El Marqués? No: el estirado
señor de las reflexiones.

ESCENA X. *Los mismos, y D. Eugenio.*

Eug. á D. *Clar.* Es hora de que partamos?

Pep. Al punto. *Bas.* Hai mucho que ha-

Eug. La experiencia me ha mostrado (cer,
que para amigo del padre
ya no soi bueno, y soi malo
para amante de la hija.

Pep. Lo segundo sí que es claro.

Eug. Mi pretension era necia;
y desde ahora levanto
la mano de ella. *Pep.* Acabemos.

No venga usted presentando
mas memoriales, porque
ya he puesto al margen: *Negatlo.*

Y el provisto... Señalando al Marques

Mire, mire.

ESCENA XI. *Los dichos, y el Marques*
Marq. Todo el mundo aquí? Y yo falto.
Bas. Mui á tiempo llega usted.

Para tu gobierno, hermano:
la fábrica de este amigo
no experimenta desfalco;
y el aviso que hoi aquí
has recibido, es mui falso.

Mira el borrador de letra
de tu Marques, que ha inventado
la noticia. *Marq.* Cómo es esto?

Amb. Lo ha descubierto un acaso.

Gonz. Ya lo veo. Marques mio,
todo lo que huele á engaño
me disgusta. *Marq.* La verdad
es, señor, que yo, ocultando
mi nombre, he dado este aviso
tan interesante. Salgo
garante de que es seguro;
y por hacer bien á entrambos...

Gonz. Ah! Fué caridad? *Marq.* Sin duda.

No tuve otro fin. *Bas.* A espacio.

Hoi Doña Ambrosia y usted
dispusieron, y lograron
introducir al señor,

cogiéndole descuidado,
la otra carta en el bolsillo,
con ocho dias de atraso
en la fecha, de lo qual
le resultó un grave cargo.

Mira el otro borrador. á D. *Gonz.*

Amb. Repare, usted Don Gonzalo,
que enemigos en vidiosos
tiran á desconceptuarnos,
y se valdrán de ficciones.

Clar. Señora no las usamos.

Bas. Bartolo, que fué testigo
del lance, lo ha declarado.

Amb. Y contra gentes de honor
se ha de dar crédito á un payo
malicioso? *Marq.* Que esta intriga
nos meta en un embarazo!

Amb. Chismes, enredos. *Gonz.* Con to-
es menester aclararlos. (do,

Clar. Aun dudas? *Pep.* Ea! Ya suena
la música. A lo que estamos.

ESCENA XII. *Los mismos; Bartolo y
majos.* Estos salen tocando y bailando
con mucha algazara; y apenas han da-
do

*do unas vueltas , hace D. Basilio sus-
pender.*

Bas. Callen ustedes. Tenemos por ahora otros cuidados.

Pep. Pues tengaselos usted, y dexenos. Echale agriol! Vamos allá, padre mio: seguidillas entre quatro: Doña Ambrosia y usted ; yo con el Marques. Los nombrados.

D. Gonzalo con D. Ambrosia , y D. Pepita con el Marques , colocándose como para bailar.

Clar. Quedate con Dios. *Gonz.* De veras?

Bas. De veras nos ausentamos.

Pero antes tengo dispuesto dar á todos un buen rato.

Tio Pedro , llegó la hora de que salga de su quarto de usted aquel caballero.

Que venga. *Ped.* Allá voi volando. *vase*

Bas. Advierto primeramente que aquí no necesitamos testigos de fuera. Importa que nos dexen libre el campo estos señores. *Señalando á los majos.*

Pep. Estan baxo mi sombra , á mi mando; y no les han de hacer otro desaire como el pasado.

Bas. Bien. Puede ser que te pese. (dos.)

Pep. Se han de quedar. *Bas.* Por quedá-

Gonz. Qué viene á ser eso? *Bas.* Aquí

ha llegado preguntando

por Doña Ambrosia , un sujeto,

que, no habiéndola encontrado

en su casa , supo estaba

en esta funcion de campo,

y viene á darla noticias

que la importan. Me persuado

que con su informe podrá

descubrirse el bribonazo,

por cuya maldad quebró

aquel negociante honrado

marido de esta señora.

El Marques se imuta.

Amb. Qué dice usted? Fuera hallazgo

bien dichoso para mí.

Bas. Conoció usted por acaso

al picaron? *Amb.* No: mi esposo

tenia en el quarto baxo,

como suelen otros muchos negociantes , su despacho; y yo vivia en el piso principal, sin tener trato con los que iban á negocios de comercio. Don Eustaquio de qué sé yo qué dixerón que se llamaba el malvado; pero ni una vez le ví. Le ahogara entre mis brazos... Traidor, infame!

ESCENA ULTIMA. *Todos.* *D. Carlos, vestido de camino. Los majos acia el foro.*

Amb. Qué es esto?

Eres tú? Sobrino! *Cárlos!*

D. Carlos abraza á D. Ambrosia. Entretanto el Marqués vuelve la espalda á D. Cárlos ; temiendo que éste le vea.

Carl. Querida tia!... Señores, á la obediencia. *Gonz.* Atendamos.

El Marqués hace ademán de irse. D. Pepita le detiene.

Pep. Adonde va usted, Marques? quieto aquí siempre á mi lado.

Durante la conversacion siguiente , el Marqués se vá á poner con disimulo detras del tio Pedro , que no estará lejos de D. Pepita.

Amb. No te esperaba tan pronto.

Carl. Se hubiera alargado el plazo

de mi vuelta, si en París

no me hubiera informado

de que el impostor maligno

Don Eustaquio de Bolaños,

por quien mi tio perdió

caudal y vida, y que en vano

me ha hecho viajar por Francia,

Holanda y Paisés-Baxos,

hoy se pasea en Madrid

con título imaginario

de Marqués de Fontecalda... (chasco.

Amb. Como! *Gonz.* Qué oigo! *Pep.* Fuera Pedro apartandose para dexar ver al Marqués que se ocultaba detras de él.

Aquí está su Señoría.

Cárlos echando mano al sable , y queriendo acometer al Marqués.

El es.... Indigno villano!

D. Basilio y D. Gonzalo, contienen á

D.

- D. Carlos. El Marqués, D. Ambrosia, D. Pepita, y todos se quedan como pasmados; y despues de un corto rato, prosigue D. Carlos:*
aquí mismo morirás
como dés un solo paso.
- Gonz.* Doña Ambrosia! y era usted
madrina de tal ahijado?
- Amb.* Ah! Yo estaba protegiendo
á mi mayor adversario.
- Cárlos;* por quién lo has sabido?
- Cárl.* Por quien me ha dado el encargo
de que entregase esta carta
al esposo mas ingrato.
- Entregando una carta al Marqués.*
Lée lo que aquí te escribe
la infeliz que está llorando
tu perfidia, y la dureza
con que la has abandonado.
- Pep.* Casado el Marqués! *Carl.* Su es-
queda en París! *Gonz.* Caso raro! (posa)
- Marq.* Es calumnia sorprendente.
Mi carácter ultrajado
se vengará. Estoy sin armas;
que si nó, tan fiero estrago
hiciera. *Carl.* Amenazas locas,
que ahora no son del caso.
En una prision, no aquí,
habrás de dar tus descargos,
que por mas que los estudies,
han de ser pocos y malos.
- Marq.* Quien ha de prenderme? *Carl.* Yo.
- Bas.* Y todos los que aquí estamos.
- Bart.* Sí, Señor: voy á buscar
una sogá paa atallo.
- Cárl.* No es menester. Le tendremos
encerrado en algun quarto
de esta casa, siendo yo
guarda de vista, entretanto
que se avisa á la Justicia.
- Bas.* Nosotros que ahora vamos
á Madrid, daremos parte.
- Carl.* Eso conviene. *Marq.* Yo rabio.
- Clar.* Qué dices, Hermano? *Gonz.* Esto
absorto. *Pep.* De buena escapé.
- Clar.* á D. *Pep.* Quería llevarle á Italia,
donde tiene sus estados,
dexarte, y comerse el dote.
- Carl.* Iba á casarse? *Amb.* Sí, Cárlos.
- Gonz.* Doña Ambrosia, usted me hipuesto.
en el precipicio. *Clar.* Al cabo
has caido ya en la cuenta.
- Gonz.* He vivido confiado;
y este escarmiento me avisa
que debo atajar el daño.
Señora: y el aderezo á D. *Ambrosia.*
que debia entrar por alto?
Por alto se fué. Usted sabe
que á su instancia y por su mano
entregué los diez mil pesos
á ese hombre de mis pecados.
Quando los cobraré yo?
- Marq.* Ola!... Señor, yo he pagado.
Usted ha perdido al quince
algo mas que eso; y yo alcanzo
todavía por mi cuenta
unos cien doblones largos.
- Gonz.* Por ser yo el simple que soy
me está muy bien empleado.
- Marq.* Si al venir el aderezo
le cogen por contrabando,
el riesgo es á usted. *Gonz.* No digo?
siempre seré yo el pagano.
- Clar.* Y la opinion de tu hija?
- Gonz.* Como ya se hablaba tanto
en Madrid de su gran boda,
será este lance sonado.
- Clar.* Escandaloso. Y despues
me dirás qué hombre sensato
te la pedirá? El remedio
es un Colegio, Gonzalo.
Allí podrá corregirse,
ínterin se va olvidando
un suceso tan ruidoso;
sin lo qual apenas hallo
probabilidad de que haya
quien la ofrezca ya su mano.
- Gonz.* En efecto: me parece
será lo mas acertado.
- Pep.* Colegio? *Con gran desenfado.*
- Gonz.* Sin remision.
- Pep.* No es mi vocacion de claustro.
yo quedarme para tia!
Me faltará novio acaso?
- Clar.* Y quien será?
- Pep. con humildad y tímidez.* D. Eugenio,
verbigracia, que ha mostrado
tenerme aficion....
- Eug. con dignidad.* Señora
he visto que los resabios

de la educación de usted son algo mas arraigados que creía. Usted perdona. Otro menos delicado

que yo, será mas dichoso. *Pep.* Como! *Patía* y hace ademan de arañarse.

Por vida de tantos!

á mi? *Clar.* Ya ves que la mala conducta al fin dá mal pago.

Pep. abrazandose de *D. Ambrosia.* amiga! *Clar.* El desaire sientes;

mas perder por tus desbarros en Don Eugenio un esposo tan prudente, tan honrado, es hoy tu mayor castigo.

Gonz. Vecina, me desengañó de que el exemplo de usted, y sus consejos viciaron á esa Niña siendo causa de quanto me está pasando.

Quien usa malos ardidés no espere ya echarme el gancho.

Amb. Y la palabra, señor?

Gonz. La di medio precisado; y con lo que he visto, puedo retractarla, y la retracto.

A la puerta de su casa dexaré á usted en llegando á Madrid; y con la mia nó cuente mas. *Amb.* Este trato merece una amiga fiel?

Gonz. Es que ya empiezo á ver claro.

Carl. Señor Mirques, venga Usía.

Marq. O golpe humillante!

Carl. Vamos; ó á la menor resistencia..

Ped. Agárrale de ese brazo, y yo de éste. *Bart.* Entre los dos va muy bien asiguro.

Vase el Marqués en medio del tio Pedro y Bartolo, que le llevan de los brazos; y siguelos D. Carlos.

Gonz. Nos han dado ciertamente famoso dia de campo!

ya esta casa es para todos melancolico teatro.

Volvamonos á Madrid.

Pep. Ai, tia! *Clar.* Ahora haces caso de tu tia? *Pep.* Yo á Colegio?

Gonz. Donde estás á buen recado.

Amb. Y yo á llorar mis servicios iniquamente premiados.

Gonz. Y yo? mi dinero? mi honra? Bien me alcanza el ramalazo!

Clar. Por unas locas como éstas, por sus caprichos, sus gastos, y mala crianza, pierden su fortuna mas de quatro dignas de una ventajosa colocacion. Rezelando los hombres la general censura, los malos ratos, las deudas, y otros perjuicios, huyen de tomar estado.

Gonz. Hermana mia, desde hoi aprenderé á ser mas cauto; y aprendanlo con mi exemplo otros padres descuidados

F I N.

Barcelona: Por la Viuda de Piferrer, vendese en su Librería, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga; calle de la Concepciou Gerónima; y otras de diferentes títulos.

